

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 52
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1.50 pts. trimestre; Año 5
Provincias, 1.50 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero, Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1.50

Año XXX

Madrid, Jueves 26 de Mayo de 1910

Núm. 20



Pues ello mismo lo está diciendo

Lo de Valencia

Formóse una manifestación numerosa á la llegada de Rodrigo Soriano.

El gobernador, un tal Moreno, ordenó disolverla, y por si se ejecutaba con más ó menos premura, la policía des-
envainó los machetes y comenzó á utilizarlos con gran entusiasmo y brío.

El pueblo, al verse agredido, trató de parar los golpes como pudo, saliendo heridas de la refriega unas doscientas personas, y tres ó cuatro individuos de la policía, y muerto, sin saberse por quién, un teniente de seguridad.

Después se prendió á diestro y siniestro, y los encarcelados fueron insultados y apaleados en la Cárcel, según uso y costumbre en esta España querida.

Los monárquicos, como es natural, han tomado pretexto de los hechos narrados, para desahogar el despecho que sienten por la derrota sufrida en las últimas elecciones, y el principio de autoridad ha quedado una vez más impuestro por los procedimientos que han hecho tristemente célebres á Infiesto, Jumilla, Salamanca, Alcalá del Valle, Barco de Valdeorras, Osera y tantos y tantos otros puntos.

Referido por El Motín con toda imparcialidad lo ocurrido, pasa ahora á hacer algunas desapasionadas consideraciones.

Criterio gubernamental desastroso

Sobre los sangrientos hechos de Valencia y de otros puntos, el Sr. Canalejas ha hecho manifestaciones que habría sido preferible dejarlas para el exclusivo uso y monopolio de otros gobernantes.

En ellas se ve la continuación del criterio de identificar la *autoridad* con la voluntad del que la ejerce; la justicia y el orden accidental con la autoridad arbitraria; la ley accidental con la patria permanente. Por partir de este criterio, el Sr. Canalejas decía con enfático enojo: ¡El orden! ¡La ley! ¡La cultura!...

¿Es que el sabio estadista cree que la *cultura máxima* de un país consiste en la obediencia ciega á la ley y en la sumisión de voluntad y de juicio á la autoridad? ¿Es que no ha visto en la historia que la *cultura* que ahora profesa él y que ha tomado como bandera de su partido, ha tenido que abrirse paso contra las leyes absurdas y tiránicas y contra el *orden*, que hacía á unos víctimas irredimibles y á otros verdugos por mayoralazgo? Merced á las rebeliones, *cultísimas* contra la incultura del orden estrafalario, el Sr. Canalejas se ha la en la Presidencia del Gabinete en vez de hallarse atado al palo de la hoguera inquisitorial. El, hijo de las sediciones y de las rebeliones, hace mal en derribar la escalera que le ha servido para llegar donde está. Danzar al son

del látigo es propio de negros incultos y no de blancos cultos.

Cuando la barbarie se entroniza, lo *culto*, lo más *culto* y lo único *culto* es derribarla, rebelarse contra ella y arrojarla del poder. Esto parece bastante claro.

Y puesto que el Sr. Canalejas invoca el testimonio del Extranjero, crea que en el mundo culto extranjero los estadistas y políticos no dicen admirados: «¿cómo es que en España el pueblo es tan rebelde?»; sino que dicen lo contrario, en esta ó parecida forma: «¿tendrán sangre de chufas los españoles que aguantan en el orden, las leyes y las autoridades, lo que no aguantan países alguno civilizado... ¡ni Turquía!, ¡ni Persia!, ¡ni Marruecos!...» Esto habrá oído el señor Canalejas una y mil veces.

«Precisamente por ser demócrata, el gobierno debe garantizar los derechos y personas de los enemigos...» Admirable frase, si no sonase á huera, y si en su traducción á la política no resultase que, si los enemigos andan muy asegurados, no sólo en sus derechos sino en sus tuertos, según vamos viendo, y que esos derechos y personas se garantizan con el atropello del derecho de los demócratas y con el sablazo asestado á sus cabezas, viene á ser lo mismo que harían los otros, sólo que ellos lo hacían á lo clerical y ahora se hace á lo demócrata. Y así, tanto monta... monta tanto.

«En ningún país culto se tolera...» ¡Oh, Sr. Canalejas! ¿Qué es lo que no se permite en ningún país culto?... ¿Que los pueblos se revuelvan y griten y se agiten y amenacen y alteren la *paz pública* y que desacaten la autoridad?... No cierre, por Dios, un ojo el ilustre estadista para ver sólo con el otro.

En los países cultos *no se toleran* muchas cosas que en España ocurren como típicas del país. ¿Cree Canalejas que en Alemania ó Inglaterra un gobierno demócrata habría consentido que fuese al Congreso como diputado Cierva, y que dejase de ir á la Audiencia á responder de los mil y un cargos que le ha formado la prensa? ¿Cree que se toleraría que paseasen por las calles los caballeros del Monte de Piedad de Jerez? ¿Que se otorgarían á los héroes gobernantes del Terror ciento seis actas de diputados?... ¿Cree Canalejas que en Francia, la del Panamá y la del Dreyfusismo, no se habría obligado á comparecer en la barra á veinte exministros, á cincuenta senadores y á un centenar de diputados?... ¿Se tolerarían las leyes borradas como infames de todos los Códigos? ¿La invasión de frailes y monjas?... ¿El asqueroso caciquismo?... ¿La inmoralidad electoral?...

Vaya á Alemania á hacer un reparto de actas; vaya allí á salvar á los de Jerez; vaya allí á imponer al Crespo Azorín, y sabrá cómo las gastan los alemanes con las «autoridades» que así tratan al pueblo, y «con el orden legal» que declarase sagrado este fuero. Y si esto no

tolerarían, decían ya aquellos viejos de las academias romanas: «*sublata causa tollitur effectus*»: muerto el perro se acabó la rabia.

Es decir, que un jefe de Estado que en España quiera exigir el respeto y tratamiento que los a'emanes dan al suyo, debe ser primero, él, jefe á la alemana. «Si quieres que te trate como soberano, tratame tú como vasallo», podemos decir á los gobiernos. ¿Y acaso Canalejas no sigue sosteniendo las tres categorías de españoles: *caciques sin deber alguno* y con derecho á todo, *empleados con medio deber* y todo derecho, nacionales *sin derecho* y con todos los deberes? ¿Es así en Alemania... y en los países cultos?

Claro está que el Sr. Canalejas necesita una resistencia psíquica extraordinaria para no dejarse penetrar por las influencias atávicas y ambientes del criterio gubernamental «de España»; mas por eso fué saludado como una esperanza; por creer que la tendría y que sabría colocarse por encima de la rutina y de esa mentalidad senil. Pero en sus actos vemos una *debilidad* característica: el «para que no digan». Tiene miedo á que se diga que es antidinástico, y por esto pacta con Maura; á que se diga que es *clericalista*, y por eso mima al clero y huye de sus enemigos; á que se diga que no es hombre de *orden* y de *gobierno*, y por esto enristra la bayoneta y luce el sable á todas horas. Y por miedo al *dicho* enemigo, el hecho anticlerical y democrático va quedando envuelto en una serie de hechos que parecen otras tantas claudicaciones; de modo que podrá ser muy anticlerical y muy democrático, pero *no lo parece*. Sus ideas y deseos podrán ser inmejorables, pero sus *hechos* dejan bastante que desear. ¿Qué nos importa que él haga *clericalismo* para que *no digan*, ó que lo haga Maura para que *digán*? ¿Qué nos importa que el Vaticano dirija á Maura por devoción de éste en servirle, ó que dirija á Canalejas por miedo, por reparo, por escrupulosidad, por elegancia y por *politesse*?

Lo repetimos: estos criterios de gobierno queríamos verlos en otra parte y no en el gobierno demócrata, para quien tan soldado de la patria es el policía como el obrero. Y si á ahondar fuéramos, veríamos que el Estado, y el propio Canalejas, deben más al obrero que al policía. Al obrero le deben la vida: al policía la seguridad en el despotismo...

¡Menguado criterio!

Del ambiente moderno

Energías ocultas

El pueblo español es republicano: falta, para que exteriorice toda su fuerza

para que se manifieste en toda su grandiosidad, para que aplaste con todo su empuje, que los que se erigieron en jefes, que los que se dicen sus apóstoles, que los que bullen y significan, se pongan al habla con él. Hasta ahora—¡triste es confesarlo!—sólo la prensa del partido cumple esta misión. Por eso el pueblo rural y analfabeto, que siente en radical y se expresa en ácrata, no suele discernir bien sus ideas, no comprende sus sentimientos, y deslumbrado unas veces por el brillo de instituciones insanas y arrastrado otras por el cacique y el cura, vota por quien en su fuero interno odia y execra.

Cierto que á tan lamentable conclusión contribuye en primer término la necesidad imperiosa; mas como amalgamada con ésta va la ignorancia, á combatirlos son llamados los intitulados caucillos, los designados prohombres, los que tienen luz en el cerebro, facilidad en la expresión y contundencia en la palabra; pero ¡ay! que estos señores, demasiado egoístas ó torpemente ambiciosos, sólo llevan esos sus preciados dones á los mitins en las grandes urbes donde el aplauso de las multitudes es galardón asequible, nunca á los villorrios y lugarejos ó á las abandonadas provincias, donde el propagar la buena nueva acarrea más disgustos que satisfacciones.

Y no es esto todo lo malo; lo peor es el abandono en que dejan á los oscuros luchadores que, con armas deficientes, con medios de acción muy limitados, en medio de un ambiente hostil, un día y otro, perseguidos hoy y encarcelados mañana, van dejando la semilla en surcos estériles, de donde antes que germine suele extraerla el grajo de la reacción.

Y cuando uno de estos bravos ignorados cae en la estepa y tiende sus brazos demandando la ayuda de los suyos, estos hombres de las capitales, estos prohombres de los partidos, se hacen los sordos ó contestan con evasivas á las demandas del que en la lid cayó.

Esta funesta é injusta conducta resta mucha fuerza á las ideas é inutiliza muchas energías que en pro de la causa se manifestaron.

Y estos hombres que así se conducen con el humilde, con el individuo, no son más benéficos á la colectividad; por su desapoderada ambición, por su egotismo fatuo, imposibilitan la unión, hacen imposible la concordia y prestan calor á todas las rencillas, á todos los rencores que á los partidos separan y á los grupos seccionan.

Por esto, en los distritos rurales donde el cacique *da el pan* y el cura la excomunión, á pesar del sentimiento republicano y anticlerical que casi todos tenemos, triunfa en las elecciones el diputado cunero, odiado y maldecido, pero que se lleva nuestro voto porque en ello nos va el pan.

Se nos juzga caprichosa y ligeramente á los que en villas y lugarejos vegetamos, al tacharnos de rutinarios y fanáticos. No hay tal: todos somos rebeldes; pero nuestra rebeldía es impotente, porque los enemigos nos acosan y los afines nos abandonan. Existe una solidaridad verdadera, fuera cierta la fraternidad republicana, tan decantada por jefes y jefecillos, y otra fuera nuestra actitud, y otra la suerte de estos desgraciados pueblos, víctimas eternas del

cacique y cenicientas de los poderosos que en sus mismos ideales dicen comulgar.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo y Mayo 1910.

Buen artículo el anterior. Cuanto en él se dice es innegable. La propaganda republicana no se ha llevado todavía á los pueblos y aldeas, que es donde se necesita sembrar la semilla democrática. En las grandes poblaciones se habla siempre á convencidos.

La luz de una vela en una habitación alumbrada por la electricidad, no sería notada; en una oscura, rompería las tinieblas.

Propaguemos la idea democrática entre los ignorantes, entre los analfabetos. Por lo mismo que no la conocen, aunque la presienten, quedará más fija en su cerebro.

Un hombre sólo, que yo sepa, se ha dedicado desde hace muchos años á esta labor en España: Moreno Mendoza. Sus trabajos constantes en la campaña Jerezana y la serranía de Ronda han sido premiados ahora con el acta de diputado, que le ha sido indignamente arrebatada. Este hombre, salido del cortijo, ha hecho más y mejor propaganda republicana, que cuantos ilustres oradores se dedican á cosechar aplausos y actas en los grandes centros de población. De pueblo en pueblo y de caserío en caserío, sin medios de fortuna, pero con una voluntad firmísima, ha logrado despertar en los campesinos andaluces esperanzas de redención y salvadoras energías, á pesar de los obstáculos de todas clases que le suscita el caciquismo y de no encontrar en sus correligionarios el apoyo á que tiene derecho. Me honro citando su nombre y declarando que admiro su fe, su buen sentido y su entereza.

Y ya puesto á hacer justicia, debo aquí felicitar también á los republicanos ilustrados, que en otra región, (Galicia), vienen dedicándose con celo incansable á la misma labor que Moreno Mendoza en Andalucía; (no cito sus nombres, por temor á incurrir en omisiones indiscutibles, obteniendo grandes resultados).

Por ahí, por ahí ha de venir la salvación de España, y no por otra parte. El día que la masa de trabajadores del campo sepa cuáles son sus derechos, aunque no se los formule exactamente, aquel día acabará la tiranía del cura y del cacique. Y mientras esa propaganda no se haga y se extienda, éstos continuarán dominando en España, pese á todos los discursos elocuentes que nuestros oradores pronuncien en las grandes poblaciones y en el Congreso, y cuyos ecos no llegan á los oídos de los desventurados á quienes el cura amenaza con la condenación eterna y el cacique con el hambre y la cárcel.

Sin redimir á los campesinos, no se redimirá España.

El hombre es un animal complejo, dotado de muchos sentimientos, de ap-

titudes siquicas, admirablemente complicadas, pero sin embargo, de origen completamente terrenal; lo que nos parece una capacidad innata del cerebro ó el fruto de una revelación súbita y divina en el individuo, no es, en realidad, otra cosa que la consecuencia de una larga evolución, si consideramos la especie en su totalidad.

G. Weber.

Frutos del laicismo

No cesa en la impía Francia la persecución contra el clero. Parece mentira que, estando tan cerca de nosotros, no imitemos nuestra conducta en este punto.

Acusado de supuestos atentados al pudor en muchos niños, el abate Bouttier, director del patronato católico de la Ferté-Bernard, ha comparecido ante el tribunal correccional de Mamers, donde, careado con una de sus víctimas, confesó su debilidad, que algunos llamarían fortaleza, y fué condenado.

La condena ha apasionado á la región del Oeste, por llover sobre mojado; es decir, por haber sido hace poco condenados por igual delito á diez años de trabajos forzados cada uno, dos venerables sacerdotes de la misma circunscripción; Fouquet, cura de Moitron, y Froidevin, vicario de San Leonardo del Bosque.

Aquí, gracias á Dios, estamos libres de tales apasionamientos. Con dejar tranquilos á los curas que les da por ahí, nos ahorramos disgustos y nos acreditamos de sinvergüenzas.

El Crucifijo pantalla de Baal

Cristo fué el *más pobre* de los hombres; el Papa es el más rico de los soberanos. Cristo fué el más humilde; el Papa es el más aitanero. Los retretes del Vaticano son de mármoles y jaspes; los sagrarios de mil parroquias son miserables centros de polilla. Las gualdrapas de los caballos episcopales valen más que las cortinas y corporales de los sagrarios. Los pesebres de las mulas pontificias son de mármoles y metales: la cuna de Cristo fué entre paja y cieno. No hay monja fregona sin renta: la madre de Jesús no pudo comer el día que no hilaba. Ella daba la tercera camisa á la pobre: las Vírgenes de Lourdes y del Pilar sacan del bolsillo del pobre extenuado sus millares de mantos y de joyas. La mesilla de noche de un cardenal vale más que todo el ajuar de los apóstoles.

Papa, frailes y obispos tienen millones de millones en los Bancos usurarios. Caifás y Judas se han unido y se firman: «Cristo y Compañía».

¡Y predicán la pobreza!

¿De dónde sacaron esos millones?

..

«No pasará un rico por la puerta de los cielos»—dijo Cristo. Acaparadores de riquezas: sois obreros del infierno; vosotros mismos os juzgáis. Sois el escarnio de Cristo, el insulto de Cristo, los clowns de Cristo, mascarones despreciables de Cristo. Sois los Caifases y Judas llamados vicarios de Cristo.

Hacéis voto público de pobreza: he aquí vuestra rapacidad secreta; es la nota que se publicó á raíz de la semana trágica. En ella faltan los bienes inmuebles, los créditos, los censos, las joyas y ornamentos, las obras de arte... es decir, la inmensa riqueza escondida dentro de aquellas mugrientas paredes del convento al parecer más miserable de Barcelona.

«El Juzgado del Sur anuncia en el Boletín Oficial de ayer el extravío denunciado por la R. M. abadesa del monasterio de San Matías (Jerónimas), de los siguientes valores:

| | Pesetas. |
|--|----------------|
| 45 obligaciones del Canal de Urgel. (No se cotizan.) | |
| 28 acciones del Banco Hispano Colonial á 139'50..... | 19.530 |
| 9 obligaciones de la Barcelonesa de Electricidad del 5 por 100..... | 4.500 |
| 6 ídem ídem del 4 por 100.... | 2.500 |
| 1 ídem de la Compañía Transatlántica á..... | 400 |
| 11 ídem del ferrocarril de Madrid á Cáceres, 20 por 100.... | 1.100 |
| 31 títulos de la Deuda interior al 4 por 100 de varias series. | 155.000 |
| 56 ídem de la Deuda amortizable al 5 por 100, emisión de 1900, promedio 5.000..... | 28.000 |
| 16 ídem de la emisión de 1902. | 80.000 |
| 62 obligaciones del Ferrocarril de Almansa á 101..... | 31.310 |
| 30 ídem ídem al 3 por 100.... | 12.000 |
| 122 ídem del ferrocarril del Norte de España, á 85 por 100 | 51.850 |
| 52 íd. del ferrocarril de M. Z. y A., al 4 1/2 por 100 á 102... | 26.520 |
| 91 ídem del ferrocarril Madrid, Reus, Roda. (No se cotizan.) | |
| 209 ídem del ferrocarril de Tarragona á Barcelona y Francia, al 2 1/4 por 100, á 85..... | 88.825 |
| TOTAL..... | 501.535 |

Todo eso habéis sustraído al Pueblo. El os dió limosna creyendoos pobres: fué estafado. El os dió capitales para emplearlos en servicio de las almas: habéis sustraído sus fondos; en estas notas están las calificaciones jurídicas de Cristo y de los Padres. Excomulgadles de palabra, ya que los blasfemáis de hecho.

Judas: soltad ya á Cristo; ya le habéis besado bastante. Vuestros labios no llevan el fuego del cariño, sino las babas del caracol.

El presidio de Ocaña

El negocio de las camas

Lo que viene ocurriendo en la Dirección general de Prisiones no tiene explicación racional.

En una de las visitas de inspección que giró al penal de Ocaña el Sr. Rendueles, se le presentaron dos reclusos y le dijeron:

—Ilustrísimo señor: Las camas que se están construyendo en el taller de herrería de esta prisión, con destino al «Reformatorio» de Jóvenes de Alcalá de Henares, y que la Dirección general paga al contratista á diez y nueve pesetas, las podemos hacer nosotros á once, y todavía nos quedará una cuarenta céntimos de utilidad.

—¿Cómo es eso? ¿Es que cuentan ustedes con más elementos que el contratista? A ver, á ver; explíquennme con claridad el asunto que me proponen.

—Pues muy sencillo, ilustrísimo señor. Cada cama le cuesta al contratista nueve pesetas sesenta céntimos, que se descomponen de la siguiente forma:

| | Ptas. Cts. |
|---|-------------|
| Veintiún kilogramos de hierro á treinta y cinco céntimos uno..... | 7,35 |
| Mano de obra (1)..... | 1,25 |
| Por pintura (2)..... | 0,25 |
| Carbón y merma en el hierro. | 0,75 |
| Total..... | 9,60 |

Diferencia á favor del contratista, pesetas 9,40.

De ahí partimos nosotros para manifestar á V. S. I. que podemos hacer las camas á once pesetas, pues como se van á construir cinco mil, obtendríamos una utilidad aproximada de siete mil pesetas, mientras la que obtendrá el contratista será de cuarenta y siete mil, quedando, por lo tanto, en beneficio del Estado, si nos encargamos nosotros de la construcción, cuarenta mil pesetas.

—Muy bien, muy bien. Estudiaré el asunto y resolveré.

Ahora bien; como quiera que el señor Navarro Reverter está bien enterado del negocio de las camas, se me ocurre preguntar:

¿Piensa la Dirección general de Prisiones continuar pagando unos bastidores con pretensiones de camas á diez y nueve pesetas, teniendo á su disposición obreros inteligentes que ofrecen construir las á once, mejorando la mano de obra? Así debe ser, por cuanto se han dado órdenes para que continúe el negocio de las camas; mas, por si el señor Navarro Reverter no está enterado del ofrecimiento que hicieron los reclusos á su antecesor, ordene al inspector general, Sr. Cadalso, le informe quiénes fueron esos reclusos; y si él no le diera los nombres, yo se los comunicaré, y además algo de lo que se dice con relación al negocio del taller de herrería.

(1) Por la construcción de cada cama pagaba el contratista la cantidad indicada, aunque pareciera extraño.

(2) Por pintar una cama, poniendo la pintura por su cuenta el obrero, pagaba 25 céntimos de peseta.

Tenga presente el Sr. Navarro Reverter, que el contratista, Sr. La Osa, al que se le ha entregado el taller de herrería para que pueda realizar un «negocio redondo», pues el Estado se ha gastado cinco mil pesetas en herramientas nuevas (torno mecánico, máquinas para taladrar tornillos, y un bonito juego de limas, etc., para que el contratista se aproveche de ellas), es el mismo que contrató con la Dirección el asfaltado del patio, y que al igual de las camas, no vale la mitad de lo que ha costado.

¿No le extraña al Sr. Navarro Reverter, que de todas las obras que se realizan en la Prisión afflictiva de Ocaña se encargue una misma persona, y más siendo lega en la materia?

Infórmese bien, pues los negocios del presidio de Ocaña van á dar que decir y que pensar, y no debe él cargar con culpas ajenas.

Para terminar por hoy:

¿Por qué continúan en celdas de castigo unos cuantos desgraciados, cuyo delito consiste en haber reclamado lo que por derecho les corresponde?

ANSELMO SANTA CATALINA

Madrid, 21 Mayo 1910.

El Con... cor... nada

Siguen las gestiones misteriosas entre el Vaticano y el gobierno español á espaldas del Pueblo.

Para algo estamos en un país constitucional.

Por esto el Pueblo es expulsado de la alcoba donde se están cortijando el Padre Estado y la Madre Iglesia.

¡Nuestros pobres jesuitas!

Estamos desconsolados. Canalejas declara que no serán los jesuitas los frailes bastardos á quienes están bautizando y legitimando en nombre del Estado y de la Iglesia los padrinos embajadores.

Lo sentimos en el alma.

Ellos, que tan buena mafia se dan para descatoizar, desecristianizar y desesperar al Pueblo!

Ellos, nuestros carísimos colaboradores y compañeros de campaña irreligiosa y anticlerical!

Ellos quedarán en el Hospicio público, como hijos sin padres, teniendo un fundador español y su cuna en Loyola y Manresa!

¿A quién nos traerá el misterioso Canalejas en estos sus amores nocturnos con la diabólica Roma?

¿Quizás á los humildícos hijos del otro español, Domingo de Guzmán, el furibundo matador de albigenses?... ¿Los hijitos del promotor de la guerra en que quedó desmembrada España? Los hermanucos del filipino Nozaloda y del cardenal Aguirre, el del arreglo de lo de la Madre de Agreda?... Los que de un golpe giraron de Manila á Hong-Hong doce milloncitos de pesetejas?...

Bien; saquémos de apuros el Sr. Cana-

lejas, y cónbreles caro el servicio, sea quien fuere el agraciado. Estrújelos hasta el riñón, y pague con lo que saque los atrasos de los soldados de Filipinas que se mataron por ellos.

Pero conste que EL MOTIN queda desconsolado por perder sus celosos colaboradores los jesuitas.

Aunque ya se verá cómo los *loyolas* logran cuando menos que el Estado declare *licito* el oficio jesuita, que consiste en todo menos en celebrar, predicar, confesar y enseñar...

Con lo cual saldrán ganando, y á sus muchos títulos añadirán el de *victimistas*.

Consolémonos. Ya les pondremos la venda de la herida que les cause el señor Canalejas. Y con el arte y cariño habituales.

¡Pobre Inigo! ¡Ni en su patria lo quieren!

¡Hasta los españoles le van conociendo!

¡Qué expectación ésta del engendro democrático-vaticanista!... Será de ver el lindo diablo que nos traiga tal contubernio...

¿A quién se parecerá? ¿á Merry del Val, ó á Canalejas?

¡A ver si nos resultan los capuchinos de Vives!

Para algo está en el ajo el famoso inspirador de Pío X. Vengan los hermanos de Paternina, el asesino del gobernador general de Filipinas. Frailes con barbas... ¡qué monada!

¿Si serán los del otro español, padre Claret? Esos sí que son preciosos para puños de paraguas...

Hay que verlos con su facha gazmón, con su comercio de Fernando Pío, con su agente P. Pluvía, con sus hermanitas y con aquel tipejo patibulario ejecutado por torturador de niños.

¿Con cuál nos quedaremos?...

Pasión desgraciada

Paolo Marino, sacerdote, enamoróse, según el periódico italiano *Corriere di Catania*, de un cabo del ejército. Declárase á él, y tuvo la dicha de ser correspondido.

Mas ¡ay! como el hombre, aunque sea cabo, es siempre inconstante, bien pronto dejó el aludido de visitar al virtuoso sacerdote; éste recurrió á todos los medios para atraer de nuevo el fementido al hogar *paterno*, mas todo en vano.

Loco, desesperado, dióle por escribirle cartas amorosas, incendiarias unas, románticas otras, que el ingrato mostraba á sus compañeros. ¡Y cómo se reían los malditos al leerlas! Las pasiones desgraciadas provocan la burla en los profanos.

Enterado el capitán de la compañía, recogió las cartas, y se las devolvió á la desgraciada víctima de aquella pasión volcánica, rogándole que la pusiese en otro sujeto más firme y constante que aquel cabo voluble.

¡Desventurada ministro del Señor, y cuántas amarguras estará sufriendo! El

le dé la resignación necesaria para no morirse de pena, hasta que tropiece con otro novio que le permita cantar regocijado la conocida copla:

Dicen que ya no me quieres,
no me da pena maldita;
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

El cometa Halley y el Juicio Final

El simpático Halley ha venido á destruir aquella terrible máxima que los jesuitas explotan en los ejercicios, atribuida á un librepensador que en la hora de la muerte se reconcilió con el catolicismo: «la incredulidad es buena para vivir, pero no para morir.»

La noche del 18 de este mes, se ha demostrado que el escepticismo religioso es más excelente para morir que para vivir.

Son de leer los relatos de las juergas á que se entregó el mundo incrédulo para celebrar el *fin del mundo* y tomar carrera hacia Josafat. Esta tranquilidad de conciencia dice más que toda la apologetica católica.

Tal *alegría de morir*, demuestra lo infame que habrán hecho la vida para los demás las gentes religiosas: así como el terror con que los beatos hánse estado preparando á la muerte, revela la negrura de su alma, donde sólo hay registradas hipocresía, ruindad y maldad.

Nadie mejor que ellos para creer el *fin del mundo*, base del cristianismo. ¿Cómo se preparaban á él y al juicio universal? No se preparaban restituyendo los bienes mal adquiridos, ni devolviendo la fama dañada, ni reparando los daños causados; sino implorando aterrizados la misericordia de Dios para sus almas negadas á toda piedad.

¿Y para qué tanto temblor, si están cargados de medallas y de indulgencias y de comuniones?

¿Para qué, si precisamente los cristianos de los últimos tiempos harán el más hermoso negocio, ya que su muerte será para resucitar al día siguiente, ahorrándose el terrible purgatorio que ha de quedar suprimido? Ellos debían haberse alegrado y celebrado con verbenas el fausto acontecimiento de recobrar el cabello el calvo, de recobrar los dientes el desdentado, de poder soltar las muletas el cojo, de salir mundo como una manzana el comido de viruelas, de rejuvenecerse el viejo y de salir todos ellos remozados, vigorosos, rollizos y guapos. ¿A qué temblar, pues, ante el sonido de la trompa y ante el anuncio del *Dies iræ*?...

Su temblor era justo: temían que el día 19 fuese aquel en que ante el supremo Juez sentado quedará todo vengado y lo oculto revelado...

¡Qué miedo para el fraile ayunador, verse sacar de la barriga los pollos, ga-

llinas y pavos comidos á espaldas de la Regla!

¡Qué afán para el jesuita verse sin sus millones robados á los pobres!

¡Qué vergüenza para Sor Mercedes oír contar á sus víctimas las obscenidades á que las indujo!

¡Qué pavor para el obispo topar cara á cara con Cristo!

Y todos ellos oír la maldición: «¡al infierno, hipócritas! que no os mandé cantar vísperas ni tragar comuniones, sino amar á vuestros prójimos... Como habéis difamado, tiranizado, calumniado y quemado vivo á vuestros hermanos, así me habrais quemado á Mí...»

¡Qué miedo! ¿Cómo podían tener humor de celebrar el *fin del mundo* con verbenas, estos religiosos impíos?

¡Desgracia! Los tembleques fueron pocos: los más continuaron sus fechorías. No tiemblan, porque no creen. No temen el juicio de Dios, porque no creen en Dios ni en su juicio.

Mientras los unos tiemblan y los otros se divierten, ellos se aprovechan.

Primero sacan el dinero á los devotos para desagaviar á Dios de los agravios que ellos le hicieron: ahora se lo sacarán para desagaviarle de los *pecados* cometidos por las verbenas de los incrédulos.

Al ladrón nunca le falta pretexto para robar.

UN DOCTOR MODERNISTA

Sor Cándida

Los clericales españoles investigaron los orígenes y progresos de la fortuna de Ferrer, tratando de sacar partido de cada uno de sus pasos para hincar el diente en su moralidad.

Ahora la mala estrella clerical ha hecho que en los tribunales de París se esté sacando á colada pública la ropa sucia de una excelsa *Fundadora religiosa*, de esas órdenes malhechoras del Bien que utilizan los miserables niños tuberculosos como pantalla de sus negocios *júdios*.

En religión se hizo llamar Sor Cándida; de cuna se llamaba mademoiselle Forestier-Berger. Tenía una casa de niños tuberculosos en Ormesson, otra en Saint-Pol-Sur-Mer, otra en Villiers-Sur-Marne, con un número de cuarenta á cincuenta niños cada casa. El alcalde de Ormesson declara que la Hermanita tocaba todos los años cuando menos un millón doscientos mil francos, que iban á parar al misterioso pozo sin fondo de las Órdenes religiosas. Las limosnas llovían á granel. Dama hubo que de un golpe le dió quinientos mil francos.

Una lotería á lo católico.

Entre los negocios que se van describiendo, uno de los más curiosos es el hecho con el Instituto Pasteur de Lille.

La hermanuca supo dar á entender al director del Instituto que juntos pidiesen autorización al gobierno para lanzar una lotería de ocho millones de francos, de cuya negociación se encargaría la benéfica Hermana. Obtenido el permiso, la Sor propuso al Instituto que le

cediera á su cuenta y riesgo el producto de la lotería, entregando ella desde luego un millón doscientos mil francos, dando como primer pago quinientos mil. Aceptó el Instituto; mas la Hermana terminó la lotería sin dar un céntimo más. Los, abogados; en resumen, que el Instituto se avino á perder cuatrocientos mil francos, debiendo pagar trescientos mil la Sor, en dos plazos. Pagó el primero; el segundo no vino. Pérdida del Instituto: quinientos cincuenta mil francos, quedando los millones de la lotería en las arcas insondables de la religión.

La Sor era viva. Sabía que la religión de suyo no da nada, y que da mucho tomada como pendón. Por esto ella llevaba el hábito religioso por fuera; por dentro llevaba el alma del negocio.

—Vengo de misa—le decía cierto día una señora.

—¿No tendría usted mucho que hacer! A mí no me queda tiempo—respondió la monja.

Las joyas de Sor Cándida.

Su tiempo lo necesitaba para ir de salón en salón, de palacio en palacio y de tienda en tienda. Se hizo corredora de alhajas de los joyeros de París, cobrando de ellos el 20 por 100. Su hábito le ganaba la confianza de los comitentes y de los compradores. Las joyas recibían con esta mediación cierta consagración, y se prestaban á pingües especulaciones. Sor Cándida podía cándidamente presentar las joyas como limosna de una gran señora que, no teniendo qué dar á la Institución, daba las joyas sin saberlo el marido. Esto aumentaba el valor intrínseco y servía de ejemplo.

Pero Sor Cándida cobraba de los compradores y no pagaba al joyero; de ahí tres reclamaciones judiciales acusándola de estafa.

—¿Dónde están las joyas? ¿Dónde está el dinero?—pregunta el juez.

Sor Cándida se calla. La pobrecilla es muy fiel al secreto prometido á los compradores, por más que sea infiel al pago y devolución. Las virtudes religiosas son así.

La prensa parisién anda investigando. Unos creen haber descubierto que las estafas alcanzan cuatro millones de francos; otros que no tanto, otros que más. Unos joyeros son partidarios de amar; otros opinan que es mejor callar, tratándose de una monja.

Entre perillanes.

A pesar de la reserva de la Sor, el tribunal ha averiguado que la Hermana tomaba de unos joyeros las joyas por mayor precio, y que en parte las cedía á otros, á precio vil. Cobrando dos de lo comprado por ocho valiendo seis, y no pagando los ocho, el joyero canalla ganaba seis y la Sor canalla ganaba dos. Esos joyeros debían ser piadosísimos y fervientes rezadores para lograr de Dios que la Justicia no interviniera sus libros.

Total: el joyero, vendedor abusando de la Hermana en la venta, el joyero comprador abusando de ella en la compra, y ella abusando de ambos. ¡Caridad cristiano-judía!

El negocio de las fincas.

Sor Cándida compraba un terreno para pagarlo á plazos; pedía dinero para

edificar, y devolverlo á plazos; luego, hipotecaba edificios y solares. Es de suponer que el dueño piadoso del solar cobraría precio doble; el prestamista intentaría cobrar el 60 por 100; otro llo de honradas gentes piadosas.

Un muerto que acusa.

Es el secretario de Sor Cándida, un piadoso y devoto doctor, Léon Petit, parecido á los que andan por acá en estas andanzas. Al saber que la Justicia comenzaba los registros domiciliarios, hase suicidado, dejando una carta confesando que se ahorcaba ¡un Judas miedoso! por no compartir la responsabilidad con la Sor, y dejando además dos legajos de papeles rotulados: «Pruebas de los robos», «Pruebas de los desfalcos».

Pequeño león ha resultado este Léon; mientras el negocio no ofreció peligro, se hizo cómplice; al verlas mal dadas, abandona en la estacada á Sor Cándida. ¡Vaya unos cándidos estos clericales!

Lo que traen las malditas escuelas laicas! Enseñan á no fiarse de las monjas ni de los frailes...

Porque por una estafa que se descubra, otras mil se quedan sin descubrir. Y al ver una monja salir de casa, el niño laico se pregunta: ¿Quién será el estafado? Y al ver entrar un beato ó beata en el convento, se responde: Ya sé; ése.

(Sobre información de *Le Journal*, *Le Petit Journal*, *Le Matin*, etc.)

Fenómeno curioso

Dice *Tierra Gallega*, que un preso hirió á otro en la cárcel de la Coruña, estando completamente borracho; y añade:

«Por donde entró el vino ó el aguardiente que le sirvió para embriagarse, no lo habremos de decir, pues, desde luego, nuestros lectores habrán de figurarse que tuvo que ser por la puerta de la prisión y con consentimiento de los empleados de la misma. El caso no es nuevo ni muchísimo menos.»

¿Qué ha de serlo?

Los únicos que no se emborrachan en nuestras cárceles, son los que no tienen dinero.

Este respetable señor se las ingenia siempre para hacer compatibles la introducción en ellas bebidas, armas y barajas, con el celo más exquisito en el cumplimiento del deber y la honradez más acrisolada de los empleados.

Hay que reconocerlo lealmente aunque nos extrañe el fenómeno.

La Virgen de Lourdes se va á declarar en huelga

La Virgen María se apareció en Lourdes y comenzó á hacer milagros.

Constituyóse en seguida una empresa clerical para explotar las artes y bellezas de la joven-diosa: pusieronse carte-

lones, hiciéronse retratos en todas las posturas, publicáronse libros y anuncios de los pocos que iban enfermos y salían sanos, callándose acerca de los millones que iban sanos y salían enfermos; el público afluyó á aquel teatro; la empresa constituyóse en comandita anónima con el título de «Virgen de Lourdes», la cual virgen ni comía, ni bebía, ni pedía, pero los comanditarios se declararon tutores perpetuos suyos, y sabiendo que ella jamás llegaría á la mayor edad para reclamar su patrimonio y exigir cuentas á los graciosos gerentes, fueron, ellos, los comanditarios, aumentando miles y miles, elevando una basilica, una cripta, la iglesia del Rosario, la gruta de Massabielle, etcétera, y á su sombra magníficas viviendas para los aprovechados gerentes, socios y consocios.

El gerente en Francia era el obispo de Tarbes, llamado Misenor Stœpfer, intitulado por modestia Su Grandeza.

Dicho se está que Misenor Stœpfer, grande obispo de Tarbes, sería muy obsequioso con el otro más grande y más señor obispo de Roma, gerente universal de todas las propiedades de todas las vírgenes, casadas y viudas del mundo católico exhibidas al público.

Pero... ¡oh, desgracia! el gobierno francés, para descargar al santo clero y al santísimo Papa del peso de administrar los negocios temporales que tanto les distraen de su labor espiritual; para librar á la santa Iglesia de la sospecha de *cueva de ladrones* que aplicó Jesucristo á los obispos y clérigos de su tiempo y que los buenos cristianos de estos tiempos aplicaron al santo clero católico; para esto, y con otros elevados fines, mandó el gobierno que en cada lugar se constituyesen *juntas culturales* de paisanos que corriesen con la administración y cuentas del culto, y respondiesen á la justicia de las estafas, hurtos, supercherías y malos negocios que en los bastidores del templo suelen hacerse por los que pretenden tener carta blanca del cielo para escabullirse de la justicia de la tierra.

No le convenían al Papa tales juntas, ni menos le convenía perder el poder aquel de *las llaves*, por el cual puede absolver y dispensar y perdonar la simonía y demás granjerías y granjerías eclesiásticas, mediante una absolución pública y una contribución secreta; por lo cual reprobó las *juntas culturales*. Y no habiéndose constituido para lo de Lourdes, el gobierno acaba de declarar propiedad del Municipio los precitados edificios, palacios, moradas, predios, con sus idas y venidas, entradas y salidas, caminos y veredas.

Y el buen Misenor obispo de Tarbes, herido en la fibra más delicada de la mitra, séase en la bolsa, ha salido publicando una grandísima pastoral, llamándose al señorío de aquellos bienes, rentas, fincas y tesoros, que por ser de la Virgen eran del obispo como «representante de la Iglesia».

Como quiera que esta música episcopal se repite á diario, bueno es ponerle algunos bemoles.

Dice el catecismo que «todos los fieles son hijos de la Iglesia». ¿Cabe alguna duda de que los hijos son los herederos del padre y de la madre? Y si los vecinos de Lourdes y de Tarbes son fieles, tan capacitados están ellos á administrar los bienes de su madre la

Iglesia como el obispillo, que ninguna misión recibió del Evangelio ni de los apóstoles para asumir, apoderarse y birlar al común de los fieles la propiedad de la madre, ó sea el mismo común.

El obispo dice que los nuevos dueños no son legítimos. Antes debiera acreditar la legitimidad del viejo dominio episcopal.

Y como quiera que el obispo no podrá citar como fundamento de su dominio otra legitimidad que la ley bárbara y antieristiana de los Estados católicos que consintieron esa propiedad clerical en despojo del común, resulta que lo que una ley civil hizo otra ley civil puede con igual derecho deshacerlo, y más si la primera estaba mal hecha, pues la segunda endereza el entuerto de la primera.

La virgencita de Lourdes, viendo que lo mismo saca de tener aquellas flocas que de no tenerlas, ha decidido no hacer ningún milagro en favor de la propiedad episcopal; antes bien, se da prisa en hacerlos en contra, bendiciendo con éxitos y triunfos á los gobiernos republicanos.

Y aun el ángel Gabriel se le presentó la otra noche llevándole un gorro frigio, que los clérigos de Lourdes convirtieron en bonete.

¡Adiós, momio de Lourdes! Ya verán los lectores cómo en adelante no milagrea tanto la Virgen de Lourdes. ¡Como que ya el clero no sacaría nada de hacerla milagrear! En adelante publicarán las historias de los que por ir allá pillaron pulmonías, indigestiones, mareos, cólicos, piojos, reumas, y demás accidentes del sport de peregrinaciones y romerías.

UN DEVOTO DE LOURDES

NOTICIA FALSA

¡Lee uno cada cosazal...

Porque el arzobispo Guisasafo quiso obligar casi á la fuerza á un maestro de escuela á que le besara el anillo, véase por donde sale *Clarete*, en *El Pueblo* de Valencia:

«Si su excelencia no se apresurara á dar al maestro de Picaña la más cumplida satisfacción y en su persona á todo el magisterio nacional, no sería extraño que, de acuerdo con todos los centros similares de España, se removieran los dos ruidosos procesos que tiene pendientes el Sr. Guisasafo: el de la denuncia de D. Leocadio Latorre y Chamorro, por falsificación y estafa, y el que lleva por cabeza la formulada contra el Arzobispo, por el Sr. Pérez Martínón, acusándole, bajo su responsabilidad, de incursión en excomunión mayor, *lata sententiae*, y que duerme en el obispado de Orihuela.

Es preciso comprimirse, D. Victoriaño, antes que le salga en Picaña otro Burgo de Osma, ó en la plaza del Palau de Valencia otra Santa María de Jaén.»

¡Jesús, Jesús, y qué mentiras se inventan para mortificar á personas respetables, que deberían ser absolutamente indiscutibles! Decir que un obispo está procesado, y nada menos que por falsificación y estafa, es el absurdo mayor que he oído en mi vida.

Concederé (¡el Señor me perdone!), que alguno haya podido alguna vez dar motivo para que lo procesen, (doce eran los apóstoles y hubo entre ellos un Judas); me avendré á declarar, (si á ello se me obliga) que deberían ser encausados muchos; (no puedo llevar más lejos mi respeto á las opiniones ajenas). ¿Pero creer que hay ninguno procesado? ¡Oh! ¡Eso, nunca! Lo negaría hasta en la hoguera.

Porque, de concederlo, me sería forzoso llegar á esta conclusión: Los procesos contra los obispos no prevalecen en España, porque se estancan ó se traspapelan. Y esto sería dudar de la justicia.

Debe, por lo tanto, haber sido mal informado *Clarete*.

Y cuenta que hablo así con gran pena, pues me agradaría infinito ver á un obispo en el banquillo, con su traje de luces, y, sobre todo, con su mitra, si le permitieran los jueces estar cubierto.

¡Qué espectáculo más nuevo, más raro, más solemne y más hermoso! Iría denodamente á presenciario.

Y si condenaban á tres ó cuatro años de presidio al Eminencia, seguramente soñaría aquella noche con lo más grande que el cerebro humano puede conciliar: la realización completa del ideal de justicia.

Desgraciadamente no tendré pretexto para gozarme en ese sueño, porque, como ya he dicho, *Clarete* debe de haber sido mal informado.

Cultivar, elevar el corazón para disciplinar, fortificar y dirigir la razón, tal es, en el fondo, el gran problema humano, individual y social.

A. France.

Las Reparadoras y sus reparos

Una brava moza con una brava fortuna en perspectiva.

Hácese amiga suya una mocita-gancho de esas de sacristía, y le mete en la cabeza el sport del visiteo de conventos.

Entránla ganas de ejercicios espirituales, y decide hacerlos en las Reparadoras. La mamá muy contenta con la santidad de su hija única.

Pasan ocho días; la hija no da señales de vida. Va la mamá al convento; la hija está invisible á la mamá... ¡Los santos ejercicios!

Pasan ocho días más. Vuelve la mamá. Los ejercicios continúan. La hija se está santificando.

Otra semanita y otra.

Mamá se preocupa. Va á visitar unos parientes con entrada en Palacio.

El pariente se ríe...

—¡Tu hija!... ¡Si hace quince días que está ya en Barcelona... ó en Tarrasa!

—¿Mi hija?... No puede ser; entró en ejercicios...

—Eso... De aquí á cien años continuará en ellos... Prepara la dote... y aguantarse, mamáta.

—¡Mi hija... y la dote!

—Es el sistema de reparar que usan las madres Reparadoras...

Decálogo.—Honrarás á tu madre.

La Iglesia.—Si yo no te mando lo contrario.

El obispo.—¡Estas escuelas laicas!

Ciencia anticlerical

La Paidología y sus aplicaciones

El Dr. Eleizegui publica en *Heraldo de Madrid* un artículo dando cuenta de que el Dr. Piñerúa, Director de la Escuela Superior del Magisterio, ha solicitado del Ministro de Instrucción pública la creación de la enseñanza de la Paidología, ó sea, la ciencia que enseña á medir las facultades intelectuales del niño, deducidas de su capacidad sensitiva, para poderlo orientar en los estudios para los cuales ha de tener más facilidad y capacidad.

La aplicación de este sistema educativo habría de empezar por los soberanos, ministros y altos funcionarios, y especialmente debía aplicarse á los maestros, médicos, secretarios de ayuntamiento y farmacéuticos, cuya misión social en las aldeas y pueblos de España es de la mayor transcendencia.

¿No es vergonzoso el nivel científico en que aparece la ciencia oficial española, cuyo escalafón se está formando por la intriga, en cuyas oposiciones se prefiere el charlatán al sabio y el sabio al maestro, como si no fuesen tres funciones distintas y de distinta finalidad y utilidad social, y en cuyas carreras es mérito supremo el servilismo, la hipocresía religiosa y la falta de virilidad de criterio? ¿No es vergonzoso que el *cráneo español*, uno de los que por razón de su conformación é historia debiera ocupar lugar preeminente en la ciencia, vaya á la recua de Francia y de Alemania?

No culparemos sólo al cuerpo docente; la culpa mayor es de este Estado, insensible á todos los grandes problemas nacionales, idiota en el conocimiento de sus altos deberes, que está matando por los medios más eficaces el espíritu científico, y aun el espíritu literario, que han sido y son los primeros emigrantes del país. ¿No es una vergüenza que los editores españoles den al mercado casi exclusivamente libros extranjeros, y no los de mejor calidad, y no siempre de fiel traducción, poniendo á rancho á los traductores, á cuyo oficio han tenido que replegarse no pocos talentos capaces de escribir mejores estudios que los que están forzados á traducir? Lamentan ellos su degradación; pero ¡ay!, traduciendo llegan á sacar un jornal de tres pesetas, y el original se lo pagan al peso.

Los autores dramáticos, con su asociación, que algún día habremos de someter á crítica, han logrado impedir que los mercaderes del arte eludan el pago de derecho de representación de obras antiguas, con lo cual los autores muertos se comían á los vivos. Los escritores han debido apelar á lo mismo. Los editores publican libros del clasicismo an-

tiguo por ser mostrencos; y, en cambio, no publican los modernos, así sean superiores en clasicismo a los antiguos. El Estado ha debido percatarse de esta *plaga nacional*, en donde el escritor pobre no puede hacer llegar al público sus producciones y se ve acosado y matado por los muertos y por los extranjeros, introducidos por el mercantilismo editorial.

Ya los autores españoles empiezan a acudir al extranjero a publicar sus obras. Académicos hay que pasan a casas de Alemania y New-York los libros editados antes en España. Para el Estado, esto supone la renuncia al idioma y a la protección del genio español, que se ve expulsado de España.

¿Viene a luchar contra este mercantilismo degradador del genio, la asociación de artistas y literatos latino-americanos, iniciada en París por Aurora Cáceres?

Si sujetáramos al dictamen paidológico a los ministros y consejeros de Instrucción pública que de tal modo administran la ciencia y cultura española, ¿no saldrían declarados incapaces para tales cargos, y no se les destinaría a barberos y a conductores de tranvía, y no se pondría en su lugar a muchos conductores y barberos?

Declamos de los médicos, maestros, etcétera, de aldeas. Hombres son éstos recién salidos de las Universidades y de las Normales. Deben ir al pueblo con perfecta conciencia de su deber profesional y de su deber cívico, poseídos de la alta misión que como embajadores de la ciencia les está confiada.

En el lugar hallanse un cura de estudios superficiales, estrambóticos y absurdos; y en cuarenta años de relativa libertad científica ¿qué servicio han prestado al progreso de la moral y de las ideas estos apóstoles? ¿No son ellos, por punto general, los acólitos del cura, los que, más hipócritas que él y más influyentes que él, y con mejores armas que él, se hacen sus auxiliares y aun sus bases y puntales? Porque si el médico y el farmacéutico y el maestro y el secretario doblan su rodilla al paso del clérigo cínico a veces, ignorante otras y desconocido quizá, con esto sólo confirman al pueblo en la superstición de que dentro del cura visible y despreciable hay otro ser invisible y adorable, descubierto por la ciencia y por ella adorado.

¿Qué nos diría de tales individuos y de su psiquismo ético y lógico la Paidología? Sencillamente, que son analfabetos de la moral ó que padecen de abundancia que les rinde impotentes y faltos de toda energía.

Veamos ahora otra aplicación de esta ciencia crítica y discreta de la capacidad individual.

La profesión clerical exige determinadas aptitudes psíquicas y físicas: principalmente el celibato. La Paidología puede fácilmente puntualizar las aptitudes orgánicas para estos trabajos psico-físicos y señalar quién las posee y quién no; y por tanto quién, de meterse en el clero, ha de ser una víctima de la profesión y un criminal social, y quién puede probablemente cumplir honra-

damente los deberes que el oficio ha de imponerle.

He aquí por donde el Estado se encuentra obligado a investigar y declarar la capacidad para fraile, para monja y para cura, para defender la sociedad de los criminales que han de surgir espontáneamente del absurdo pedagógico eclesiástico, en la recluta de seminaristas y novicios.

Sometidos a este examen el Papa, los cardenales, obispos, jesuitas, monjas y frailes de todas layas, ¿qué diría la Paidología? Diría que todo ello es una farsa, a la cual España paga enorme tributo de dinero, de sangre, de honestidad y de moral. Y si esto dijera, ¿cuál sería el deber político del Estado en relación con tal farsa?

Aplaudimos sinceramente la iniciativa del Dr. Piñerúa, pero... da miedo. Cada nuevo organismo en España es una nueva trampa. Así vemos que la Junta Central de Paidólogos estará formada por don Presidente Universal, por don Vocal Eterno, por don Secretario Imprescindible, para sacar entre todos los Junteros de Cajón un nuevo enredo y una nueva ridiculez. Un Pidal, un Jesuita, una Maura, un Agustino, y una sarta de nulidades extraídas de la cuquería política.

Y en vez de ser una Junta de Paidología será una de tantas ramas de la Cu-cología Monipodótica española.

Como si lo viéramos.

RICARDO MAYOL

CASO DIFICULTOSO

Ha sido detenida en Madrid una mujer que compró hace días unos escapularios en el convento de las Carboneras, por haber resultado falsas las seis pesetas que por ellos le cobraron.

He aquí un caso en que sería muy difícil determinar quién engañó a quién; si la mujer a las monjas, ó las monjas a ella.

Por lo tanto, me abstengo de dar mi opinión.

Los inútiles

Es Carlos Calamitá un autor que empieza y empieza bien. Su primera producción, *Los inútiles*, que él titula novela, aun cuando no pasa de ser un ensayo, merece ser leída y le hace acreedor al aplauso. Tratar de crearse una reputación literaria y comenzar para ello escribiendo obras en las que campea un irónico escepticismo volteriano, supone una fe muy grande en sí mismo, un valor a toda prueba, aquí donde para medrar hay que ser *luis ó koska*, hay que seguir la corriente.

Carlos hace lo contrario: se burla de todo, se ríe de todo lo que los demás conceptúan sagrado, intangible; la sociedad, la religión, la santidad, la propiedad, el ascetismo, y su ironía resulta demolidora para el catolicismo especialmente. Eso ha sido el error, la gran equivocación; así no se agotará la primera tirada del libro; el mundo es egoísta, tan egoísta como aquellos frailes a

quienes el protagonista del libro lamenta que se les nombre así, pues los pobrecitos, cuando él estaba en el convento, un convento que no era rico y donde los frailes hacían voto de abstinencia, de las sobras de la comida alimentaban los padres más de veinte pobres.

Si; el mundo es egoísta porque lo rigen los fuertes, aunque son los menos, y saben que el día que aquellas logomaquias que les sirven para sujetar a los débiles, que son los más, desaparezcan, su poderío habrá acabado también con ellas y con él el injusto bienestar que gozan esos inútiles a costa de los que prestan utilidad.

Por eso no han de comprar los inútiles el nuevo libro aunque a ellos se lo ofrenda el autor, que no ha pensado sin duda que estamos en España, en este pueblo pródigo en héroes, en mártires, en bandidos, en abogados, en políticos, en toreros, en prestamistas, en... gentes raras que ningún otro pueblo da con tanta abundancia en esta tierra donde todos nos sacrificamos con el mismo desinterés en aras del mal ajeno, en lo que ciframos el bien propio; en este país en fin donde hay toros y elecciones con la misma frecuencia.

Créame el amigo Carlos: cambie de rumbo si quiere ganar honra, prez y pesetas.

¿Seguirá mi consejo?

Sí, sí; ya le veo camino del arrepentimiento, puesto que anuncia la publicación de otra obra: SACRIFICIO ESTÉRIL, relato místico y bárbaro.

Bien; puesto que te obstinas, ahí te va mi aplauso, insignificante pero cordial y sincero, y con él, seguramente, el de todos los buenos, el de los que prestan alguna utilidad.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

DE VARIOS

Las artes de la corrupción son viejas: las inventaron los sacerdotes y las enseñó la iglesia.

F. D. Guerrazzi.

La palabra *fe*, en el sentido de la ortodoxia católica, puede asociarse a las de crueldad y mentira.

Fogazzaro.

Imagínate una hidra de mil cabezas deformes y tendrás algo que se asemejará al sacerdote. Escucha este concepto que creo responde a la realidad, no habiendo otro término de comparación.

Parece un hombre y no es tal, ni tampoco una mujer; es sexual y también bisexual a un mismo tiempo. Posee un poco de la naturaleza de todos los animales, ó de los peores cuando menos, teniendo de cada uno de ellos la parte más fea; rehuye, sin embargo, toda comparación exacta entre el sacerdote y cualquier otro ser peor, porque te expondrías a ofender a este último y hacer de él un enemigo.

L. da Parma.

¡SÓLO PARA HOMBRES!

SICALIPSIS
MONASTICA

VIII

¡El acabóse!

... ¡Qué desconsuelo
es sin amor vivir;
¡qué dulce consuelo
en su seno morir!

(Cantar jesuita y de las sol-
teras aburridas.)

En el libro, después de los comenta-
dos, viene una serie de capítulos escri-
tos por escribir, jugando á mariposas
retóricas y á flores literarias un tanto
fanés. El capítulo XXIII, se resume en
estas frases confirmatorias de lo que
vamos diciendo: «Caí en desconfianza
y abatimiento, porque no me regala-
bas». A cualquiera doña fregona le ocu-
rre otro tanto, sobre todo si es exigente.
«Uneme á ti, amor mío, con amorosa
lazada. Vivamos eternamente unidos,
sin que yo de ti me pueda separar, ni
tú de mí alejarte». Y termina con esta
copla de Santa Teresa, que toda mujer
puede cantar á los ocho días antes ó
después de casada:

«Ya toda me entregué y di;
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi amado.»

El capítulo XXIV intitúlase «En bra-
zos de mi Pastor». En esta escena amo-
rosa la monja llega á la locura de *Salomé*; es un arrebató de sadismo sangui-
nario y antropofágico. La situación de
entrambos amantes es como sigue: á
causa del enojo que ella le dió á él con
sus infidelidades, él ha recibido de un
rival una lanzada en el pecho. Ella sor-
be con ansia febril la sangre caliente;
pega sus labios á los de la herida; ojos
con ojos, pecho con pecho, corazón
con corazón, atándose con los brazos
en apretamiento inrompible, y así, ella
siéntese languidecer y morir...

Para relatar esta escena de culminan-
te erotismo y de lubricidad chisporro-
teante, el fraile debió observar que resul-
taba demasiado cruda la palabra *aman-
te*; de ahí la *vaina* del *Pastor*. Segura-
mente la tierna lectora que no ha visto
nunca una ovejita agarrar de ese modo
salomésco al Pastor, chupar la sangre,
juntar los latidos del corazón, etc., sa-
brá decirse que eso de *oveja* y de *Pas-
tor* son el cubilete dentro del cual no
hay más que la mujer y el hombre, el
amado y la amante.

Las mujeres que son madres y que
han sido niñas, lean frase por frase, con
la solemnidad y pausa que los devotos
dan á la lectura espiritual, este capítulo,
é imaginen las sensaciones que ha de
producir en una jovencita leyéndole en
la cama á altas horas de la noche, cuan-
do la fantasía bate todas sus alas y la
carne arde en todo ardor.

No he sabido hallar en la alta litera-

tura una fase de esta clase de amor las-
civo tan cruda como esa.

Remotamente podríamos entrever al-
go de tal *comunidad* espíritu-material, en
el bello epitafio dedicado por Escaligero
á la enamorada Artemisa:

A pesar de la muerte
tus cenizas bebiendo
vivirás en mi pecho; y de esta suerte
ya velando ó durmiendo
estarás por más raro y nuevo modo
esposo con tu esposa siempre todo. (1)

Pero este amor de Artemisa diluyen-
do en el líquido las cenizas del cadáver
de su amante para sorberlas apasionada
y consubstanciarse con él, respira cierta
castidad venerable: el cuadro de Valen-
cina está falto de esta venerabilidad; en
él todo es lujuria de las células del cuer-
po monjil

¡Beber la sangre del amante... y morir
sorbiéndola...!

Cuéntenoslo fray Valencina:

Este pastor eres tú, Bien de mi vida,
¡Oh qué bien te cuadra este nombre!
¡Qué afortunadas las almas que des-
cansan á tu sombra ó se sanean en tus
brazos! ¡Yo no sé qué siento, cuando
me considero en ellos, y te miro. |

¡Héme en tus brazos, amorosísimo
pastor. | ¿Conoces á esta ovejita en otro
tiempo extraviada? Sí, | yo soy la in-
grata que te hizo sufrir con su loco des-
vario; pero aquí me tienes ya, enamo-
rada y dispuesta á cerrarte aquella he-
rida que abrí en tu amante pecho, y
traspasó tu corazón! ¡Yo la abrí! ¡yo la
cerraré con mis caricias, con mis besos,
y con mis lágrimas! Mas... ¿qué digo? tu
amor me enloquece y me hace delirar,
¿Cerrarla?... ¡No, tesoro! de mis amo-
res, no! ensancharla más y más: porque
si la cierro, ¿dónde voy entonces á apla-
car la sed que me devora? Tengo sed...
mucha sed... sed de ti... de tu amor... y
sólo las aguas que manan de tu pecho
pueden refrigerarme; deja, pues, que
aplique mis secos labios á la herida de
tu costado, y beba en ella las delicias de
tu amor.

Amar... y después morir, ¡cuán dulce
debe ser esto! | Morir después de haberte
amado mucho, muchísimo. | Este co-
razón que sientes con tanta violencia
palpitar junto al tuyo, tenía necesidad
de amar desde su niñez; mas ¡ay! las co-
sas | dejan siempre un vacío tan gran-
de en él... yo tenía necesidad de amar
algo grande, | y ese amor tan grande lo
he venido á encontrar en ti. |

Sí, yo te amaré con todas las fuerzas
de mi | corazón, con tal que tú hagas de
tus brazos amorosísimos, cadenas que
impidan apartarme de ti ni un solo pun-
to, toda la | vida.

Con estas cadenas estoy presa; pero
¡qué prisión tan deliciosa es tu corazón,
vida mía! ¡Qué cadenas tan suavisimas
son tus brazos! ¡Qué cielo tan delicioso
tiene esta cárcel mía, pues, cuando alzo
los ojos, me encuentro con el azul purí-
simo de los tuyos! Yo quiero vivir en
tus brazos, Pastor mío: mi corazón no
palpará más por cosa alguna de la
tierra; mis ojos no tendrán para ella
más que una mirada de desprecio y mis
labios una sonrisa de desdén.

Tú sólo, | tú sólo el rey de mi cora-
zón, tú sólo el objeto de mis amores.

(1) Traducción de Salinas:

¿Quién, gloria mía, quién tendrá poder
para arrancarme de aquí, de tus amoro-
sísimos brazos? ¿Quién osará apartarme
un punto de tí?

¡Venid! ¡Yo os desafío! ¡Venid en
horrible tropell que todo me será muy
dulce y sabroso en los brazos de mi
pastor.

Porque ¿quién como tú renuevas en sí las cua-
lidades de pastor amante? ¿Qué dichosas
son las ovejitas de tu redil! — La mía. — Como
á su pastor divino. — De mi alma. — Jesús
mío! — Jesús. — Jesús de mi alma. — Durante
la vida. — De la tierra. — Algo superior á las
criaturas. — Pastor amorosísimo de mi alma.
— Pobre. — Tiempo que á ti te plazca tener-
me en este destierro que se llama. — Jesús
mío. — Ruja el averno, levántense contra mí
las criaturas, que nada conseguirán. — Con-
que, penas. — ¡Oprobios, desprecios, afrentas!

Comentario

Ho Lola ch' ai latte la chemisa
si bianca e rusa come la cirasa:
quando tu fai la buca a risa
beato chi ti da il primo baccio.
Tra la porta tua il sangere é sparso:
e non m' importa á me cadere ucciso:
e si morro é vado in paradiso
si non ti trovo á tia vado ci traso...
jah... ah... ah...

Confiese Valencina que su ingenio no
ha logrado hallar una idea tan magnífi-
ca como la del enamorado de *Cavalleria
Rusticana*, á quien el cielo se haría in-
soportable sin su amada.

**

¡Vaya una *ovejita* esa más endiablada!
¡Pobre pastor sobre el cual cayeran sus
brazos! Antes del año tendríamos media
docena de corderitos...

¿Se acuerda el lector que en uno de
los capítulos anteriores, el fraile se pre-
sentó como «zagal» del «Pastor»? ¡Vaya
un pobre Pastor, vaya un zagal y vaya
una oveja! Ya sabemos cómo las gasta la
oveja «en brazos del Pastor»; por ello
podemos calcular lo que pasará cuando
esté «en brazos del zagal».

Anote también el lector esta borrache-
ra amorosa: luego se pasará y la realidad
de la monja será todo lo contrario.

**

Aquí de Diego de Fuentes:

Zagal, no estés con fiado
de mujeres, que te juro
que el amor de ellas más puro
está dos veces aguado.

S. PEY ORDEIX

DEL COMETA

El vulgo romano, católico y supersti-
cioso hasta la médula, se vió acometido
de un pánico terrible al aproximarse el
cometa de Halley.

Y el cardenal Rampolla, arcipreste de
la basilica de San Pedro, dispuso que
durante la noche del 18 al 19 estuviese
abierto el templo citado y que se cele-
brasen misas constantemente.

En Roma, como en otras muchas
partes donde dominan el catolicismo y
la ignorancia (todo es uno), se han he-
cho rogativas, votos, ofrendas cotiza-

bles y cuantas majaderías puede sugerir al hombre, convertido en bestia, el temor religioso complicado con la estupidez.

En la Italia lastrada pontificalmente, en la Alemania donde preponderan los elementos católicos, en Rusia apegada al cristianismo heterodoxo llamado griego, el terror ha enloquecido á los hombres como en los días del M lenario. Y los sacerdotes de todas las especies han fomentado ese terror con sus ritos, sus plegarias, sus misas y deprecaciones al cielo impasible, cometiendo una estafa doble: la del dinero que sacan á los creyentes, y la moral, cometida contra las conciencias y la salud del pueblo, á quien tratan como rebaño.

En las naciones ó en la parte de las naciones donde se rinde culto á la Ciencia, no se ha temido al fenómeno celeste; y es un espectáculo consolador ver cómo la Humanidad ha progresado en poco más de un siglo, fiándose de los estudios sobre los hechos y desechando las patrañas de todos los sacerdocios.

Si ha de medirse el catolicismo de una nación por su miedo supersticioso hacia las cosas del «otro mundo», España ha demostrado á la venida del cometa Halley que no es católica. Como que eso de la fe es una mentirijilla, si se exceptúan cuatro beatas y media y cero cincuenta céntimos de místicos impenitentes.

LA MONJA Y SU ASNO

Las Hermanitas de los Pobres piden limosna en coche: claro que no es para ellas, sino para los pobres. Nada más llegar una limosna á la casa, la superiora la reparte entre los acogidos. Las cuentas corrientes del Banco y los registros de las fincas están todas á nombre de los pobres. Y si esto es mentira, más mentira es el rótulo de sus cepos y cepillos mendicantes.

En París las propias Hermanitas dirigen el coche y manejan la fusta como cualquiera carretero: en Madrid la modesta monja no ha llegado á tal extremo.

Pero por estas calles suelen verse otros espectáculos.

Por la calle de Fuencarral cruzaba el otro día á paso de liebre una monja rolliza, zapadota, mofletuda y de caderas más que reverendas; iba llena de modestia y de piedad. A su lado, echando los bofes y sudando el quilo, iba una infeliz criatura de no más de diez años, cargada con un lfo más pesado que su cuerpo.

La monja se intitula sierva de la niña; pero la niña era el asno de la monja: el burro de carga de estas señoras cuyas reglas de modestia les prohíben llevar carga por la calle por mor de no enseñar las pantorrillas, pero les permite cargar como borricas á criaturas de quienes se dicen servidas.

Al día siguiente por la calle Mayor, volaba, no que andaba, otra mocetona de cara un tanto mameluca, ligeramentepicada de viruelas, alta como un artillero, fresca como un cochinito de Bo-

tín, con zancadas de á metro, sería como un poste y diciendo: *ahí va una monja*.

Aquella Sor Estropajo iba acompañada de una jovencita linda de rostro, anémica de color, sofocada de cansancio, cubierta la cabeza con una extoquilla; con una blusa en que más era lo raído que lo sin raer, una falda que al recogerse la ponía de manifiesto el blanco de la enagua desde la cintura hasta el tobillo; unas medias de color sin color; unos zapatos de distinta forma cada uno y enseñando por la planta la palma de los pies. Y así andaba tras la Señora Doña Estropajo, fijando todas las miradas y excitando los comentarios del caso.

La Sor subía y bajaba de las casas; la víctima quedabas á la puerta para no decir á los dadivosos patronos:

—Así se tratan ellas; así nos tratan á nosotras.

¿No habrá por ahí algún guardia municipal que lleve á la inspección la monja y la niña-borrica, para examinar si existe un delito de explotación de menores, y no habrá pitos para acompañar con música á Sor Estropajo?

La higiene pública lo demanda.

Si así las tratan en público ¿en secreto, qué será?

Párroco iracundo

Por haber mucho lodo, marchaban despacio los que conducían el cadáver de una joven al cementerio de Doniños.

El párroco, un tal Lamas, los arreó, y ellos le contestaron que no iban más deprisa, porque no se cayera el féretro.

Atúfase mi hombre; insiste; los otros le repiten lo que ya le dijeron; y, entonces, poseído de la primera de la virtudes sacerdotales, la Ira, se remanga los hábitos y se lía á sopapos con los conductores del féretro, que no pudieron ni defenderse ni devolverle el obsequio, por no exponerse á que se estrellara el cadáver.

El cura, después de realizada su hazaña, salió al trote cochinerero hacia el pueblo.

Hasta no saber la causa de su prisa, no me atrevo á calificar su acción. Acaso le esperase con los brazos abiertos una devota guapa, ó un almuerzo de primera.

Y en cualquiera de ambos casos, pongámonos en su lugar.

Memorias de un jesuíta

La marquesa y San Ignacio

—Por fin se decide la marquesa á regalarnos la imagen de San Ignacio para nuestra capilla.—Así me dijo el padre rector, que previamente me había llamado á su aposento.

—Me alegro—le contesté—; pero ahora es necesario que veamos á qué es-

cultor se encarga la estatua, no vaya á resultar un mamarracho.

—Para eso le he llamado á usted, que entiende de esas cosas; para decirle que la marquesa quiere que uno de nosotros vaya hoy á su casa, donde tiene varios bocetos que han hecho otros tantos artistas.

—Le advierto á usted que conozco á la marquesa hace muchos años y no es su casa de las que puede visitar un religioso.

—Ya sé que vive sola y de una manera algo libre.

—Tan libre, que no hay en Madrid señora que la sa ude.

—El caso es que tiene dinero y es verdaderamente piadosa.

—Bueno; pero si pudiéramos evitar el ir á su casa...

—No es posible, se ofendería y perderíamos los regalos que continuamente hace á la residencia y al colegio.

—De todas maneras, no debo ser yo el que vaya á casa de la marquesa. Somos antiguos amigos, nos tuteamos; se empeñará en que coma con ella.

—¿Y qué mal hay en que usted la complazca?

—Ninguno, verdaderamente; pero, ya que es necesario decirlo, estará allí el artillero, y... vamos, que no está allí bien un jesuíta.

—Ya sabe usted lo que dice el padre Rodríguez: mayor mérito y hermosura tiene la virtud cuando se antepone al vicio, y más brilla un diamante sobre negros crespones colocado.

—Puesto que usted lo quiere, iré á ver á la marquesa y daré mi opinión sobre el boceto.

—Procure usted elegir uno que cueste caro. Eso da importancia á una capilla...

—Y ya que nosotros no lo hemos de pagar...

A la caída de la tarde oprimía yo el botón ebúrneo del timbre eléctrico que abría las puertas del elegante piso que la marquesa habitaba.

Un rez de chaussee encantador. Recibíome una soubrette vestida, según el parisién estilo, con blanco y diáfano delantal, falda oscura y airosa, cofia de rizado encaje.

—¿Está la señora marquesa?

—Sí, padre; pase usted, que me ha dicho que si venía algún sacerdote no le hiciese esperar.

Esto diciendo, levantó un pesado tapiz y me introdujo en el boudoir más coquetón que yo había visto en mi vida.

Hunofanse completamente los pies en mulido tapiz blanco; cubría las paredes un satén chino de color rosa pálido; las puertas y balcones desaparecían tras amplios pabellones de muselina crema moteada y con rosado viso; en dos de los ángulos levantábanse hasta cerca del techo unas vitrinas, donde, como en montón, lucíanse abanicos, vitelas, medallones miniados, sellos antiguos de ágata y bronce y toda suerte de bibelots; en los otros ángulos, sólidos pedestales sostenían macetas, de las que brotaban frescas y airosas palmeras que abanicos gigantes ó verdes plumajes simulaban; al lado de uno de los balcones veíase una mesa de fino barniz blanco revestida, como todos los muebles de la habitación, y sobre la tal mesa, un verdadero maremagnum de papeles de todos colores, retratos en sus passepartouts y figuritas de bronce ó de biscuit; varias minúsculas butacas

de raso, que pétalos de rosa parecían, y sillas aéreas de madera blanca, completaban el decorado de aquel nido elegante y bienoliente. No tardó en aparecer el hada-dueña del encantado palacio.

Era la marquesa rubia, alta y esbelta, de porte distinguido; y si su cara no era un dechado de belleza, lo era de *duquel* y de gracia, porque su boca, algo grande, enseñaba una dentadura de perlas; su color, demasiado pálido, tenía no sé qué promesas de pasión y voluptuosidad; sus ojos, no muy grandes, estaban coronados por cejas como con un pincel dibujadas, y tenían un azul tan intenso, un brillar tan alegre y un mirar tan franco, que irresistiblemente subyugaban.

Hablaba la marquesa con voz dulce y acento afectuoso, que recordaba el de la gran Teodora Lamadrid.

Estaba aquella tarde en una deliciosa *robe de chambre de foulard*, color violeta, cubierta de vaporosos tules de idéntico matiz. No era el traje tan cumplido que no dejara ver la garganta y un pedazo de tersa nieve de azules venas surcado y que á impulsos de la respiración se agitaba. El pelo, de reflejos de oro, artísticamente aprisionaban dos peñas de brillantes, y á toda la figura circundaban ráfagas de perfumes deliciosos. Al verme, lanzó una carcajada, y exclamó:

—Toma, ¿eres tú? Pues no podía el padre rector haberme mandado un jesuita más de mi gusto.

—Yo también me he alegrado mucho de venir.

—Por supuesto, que comes conmigo. Casualmente hoy no viene Frascuito, porque está de servicio; conque, me haces compañía. ¡Mari, que come conmigo el padre! Después de comer tocarás el piano, una de aquellas de Valteutef, ¿te acuerdas? ¡Qué tiempos aquellos! ¿Quién me había de decir á mí que me había de casar con ese animal de Manolo y á tí que te ibas á hacer jesuita! Mira, no voy una vez al Prado en Carrión que no me parezca que vas á venir á darme broma. ¡Cómo te gustaba disfrazarte! Aún me acuerdo de aquel traje de *pierrat* amarillo y rosa...

Soltando este río de palabras, me había hecho sentar, y ella se había también sentado, de modo que los pliegues de su falda se confundían con los de mi sotana.

Mari nos avisó de que estaba servida la sopa; comimos en una especie de bombonera *capitonée*, de terciopelo verde musgo y franjas bordadas de sedas de colores, al amor de la lumbre de una chimenea de leña, y con tan buen humor, que de continuo se oían nuestras carcajadas. Después toqué vales y mazurkas de Chopin; hablamos por los codos; después... no me acuerdo lo que pasó...

Al poco tiempo se estrenaba en la capital la imagen del santo fundador de la Compañía de Jesús.

Nunca pude ponerme de rodillas ante ella sin experimentar los más crueles remordimientos. ¡Me parecía que olía á violetas!

GIL BLAS DE SANTILLANA

Unos consumidores de Valencia, vienen bajar de la estación á un fraile gor-

do y tan ventruado que parecía preñado, entraron en sospechas y preguntaron al reverendo si ocultaba algo sujeto al aforo.

Negó el panzudo, y los del resguardo amenazaron con pincharle en la tripa, que fué como amagar al religioso en el alma, pues la tienen ahí.

Con esto se rindió, y empezó á soltar longanizas, chorizos y salchichones, hasta completar unos cincuenta kilos; todo lo que tenía dentro.

Porquerías, cosas de puerco...

El fraile dió de sí.

El anillo

El fiscal de la Audiencia de Valencia, según se dice, á instancia del arzobispo Guisasola, ha denunciado un número de *El Pueblo* por relatar el hecho siguiente:

Después de una ceremonia celebrada en la iglesia, el ayuntamiento se trasladó á la abadía para saludar al arzobispo. Todos los concurrentes le besaron el anillo, menos el maestro de Picaña, señor Pedmán, que se pasó prudentemente al grupo de los besuqueadores consumados.

Entonces, Guisasola preguntó en voz alta:

—¿Y el maestro? ¿Dónde está el maestro?

Acudió éste, y el arzobispo, representante de la humildad cristiiana, le ordenó con imperio que le besase... el anillo.

No queriendo el Sr. Pedmán sufrir tal humillación, puso el dedo sobre la sortija y besó su propia carne.

Guisasola, furioso, exclamó:

—¡No, no! ¡Ha de besar usted el anillo!

A lo que respondió el Sr. Pedmán:

—Dispense usted, pero el anillo no lo beso.

Y no lo besó.

Aquí del Romancero:

«Por besar mano de rey,
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.»

Y un anillo, aunque sea de arzobispo, causa mayor afrenta; vamos, que huele peor.

Mi enhorabuena á ese digno maestro, en cuyo levantado proceder debieran haberse inspirado los ediles que la acompañaron y no le siguieron.

Lógica pura

A los inocentes que sueñan con una Iglesia culta y tolerante, les recomiendo, para no abrumarles con citas, las siguientes opiniones de dos Papas del pasado siglo.

Dijo Pío IX en sus polémicas con el Piamonte:

«La libertad de la Iglesia es de dere-

cho divino; toda ley contraria á esta libertad es nula.»

Gregorio XVI, en su famosa encíclica, condenó antes el *indiferentismo*, es decir: «la opinión perversa, según la cual se puede alcanzar la salvación eterna mediante cualquier profesión de fe, siempre que las costumbres sean puras y honradas... De esta fuente corrompida se deriva la máxima absurda y errónea, ó mejor dicho, el *delirio*, de que se debe conocer y garantizar á todo el mundo la libertad de conciencia.»

Creo que esto está claro, que no se presta á interpretaciones de ninguna clase, que ahí se niega la soberanía de la nación y la libertad del individuo.

¿Han inventado esos dos Papas la teoría? No. Hablando el oráculo de la Iglesia, Santo Tomás, de la tolerancia religiosa, dice:

«La cuestión de los herejes hay que mirarla desde dos puntos de vista; uno por lo que se refiere á ellos mismos; otro por lo que toca á la Iglesia. En cuanto á ellos, hemos de decir que por su pecado han merecido, no sólo el ser separados de la Iglesia por la excomunión, sino *arrojados del mundo* por la pena de muerte. Porque mucho más grave es corromper la fe, que es la vida del alma, que falsificar la moneda, con la cual se atiende á la vida temporal. Si, pues, los falsificadores y otros criminales son condenados á muerte sin dilación por la autoridad temporal, con mucha más razón los herejes, tan pronto como están convencidos de herejía, pueden, no solamente ser excomulgados, sino *matados* justamente.»

«Mas por parte de la Iglesia hay *misericordia* para su conversión; de aquí que no les condene *al momento*, sino después de la «primera y segunda corrección», como enseña el Apóstol; pero después, si los encuentra pertinaces y no espera de ellos que se conviertan, la Iglesia, mirando por la salud de los demás, los separa primero de su seno por medio de la excomunión, y después los entrega *al brazo secular* para que sean exterminados del mundo por la muerte.»

Sobre si los que vuelven de la herejía han de ser recibidos por la Iglesia, dice:

«Por la primera vez puede perdonársales, y así se lee que se ha hecho *algunas veces* por el bien de la paz. Pero cuando los que han sido recibidos vuelven á caer, parece ser esto señal de inconstancia acerca de la fe, y, por consiguiente, cuando vuelven de nuevo se les recibe, es verdad, á penitencia, pero *no se les libra de la sentencia de muerte*.»

Respecto á lo que llamamos hoy *libertad de cultos*, se explica de este modo el santo:

«A los judíos se les puede tolerar sus ritos, porque éstos han sido la figura ó símbolo de la fe que profesamos; pero los ritos de otros fieles y de los herejes, que nada aportan de utilidad ni de verdad, *no se han de tolerar en manera alguna*; como no sea para evitar algún mal mayor, como sucedía cuando era grande la multitud de los infieles.»

Examinando lo de si los infieles han de *ser obligados* á profesar la fe católica romana, exclama:

«Si se trata de infieles que nunca recibieron la fe, como los judíos y los

gentiles, no se les puede forzar, porque *el creer es voluntario*; pero se les puede forzar si hay recursos para ello, para que no perviertan la fe con sus blasfemias, discursos ó abiertas persecuciones.

Existen, empero, otros infieles que antes recibieron la fe, y la profesan, como los herejes y otros apóstatas, y á éstos se les ha de obligar, aun corporalmente, para que cumplan lo que prometieron, y guarden lo que una vez han recibido.

Otras citas de Santos Padres:

San Gregorio decía: «Si es una gran cosa impedir los homicidios y castigar los robos y adulterios, es mucho más grande todavía sostener la piedad por la autoridad de las leyes, obligando al pueblo á recibir la doctrina verdadera.»

San Agustín afirma que, «si la violencia se pone al servicio de la verdad, es justa y saludable. La Iglesia persigue por amor; pues sería un verdadero odio no intentar salvar al hereje por la fuerza.»

San Jerónimo dice: «No es crueldad la piedad por Dios; es preciso á veces sacrificar al amigo, al hermano á la esposa.»

Resumiendo todas estas doctrinas, dijo el Papa Inocencio III: «Los herejes son culpables del delito de lesa majestad divina.» Y obra finé del papado la siguiente máxima: «Dios nos ordena matar á los herejes; son los miembros de Satanás; que perezcan hasta el último. Los que están fuera de la Iglesia, están fuera de la ley; el primer venido puede matarlos.»

Todo lo que dicen esos santos y papas es perfectamente lógico, está dentro de la esencia del catolicismo, y los que no acomodan su conducta á esas enseñanzas, mixtifican la doctrina.

Y siendo así, y no teniendo toda religión otro remedio que ser intransigente ¿por dónde pueden sostener los liberales de agua chirle que la católica pueda ser nunca tolerante y culta? Lo aparentará cuando no tenga otro remedio, á reserva de volver á su feroz intransigencia en cuanto se le presente ocasión propicia. ¿Pero serlo en realidad?

Se necesita ser imbécil para sostener esto último, ó hipócrita para no confesarlo.

Firmas robadas

Los clericales de Salamanca han subyugado á los niños, haciéndoles firmar ¡qué ridiculez y qué infamia!, un documento contra las «escuelas sin Dios», valiéndose de los maestros ¡qué maestros! y á espaldas de los padres.

Uno de éstos, el Sr. Pinilla, denunció en la sesión del Concejo tal vergüenza (su hijo había sido uno de los firmantes, sin consentimiento de la autoridad paterna) y propuso que constara en el acta el disgusto con que el municipio había visto aquella «execrable coacción».

Opusieron los monárquicos, y otro edil, de ideas libertadoras, el Sr. Iscar, lanzó en el salón de sesiones esta califi-

cación denigrante, pero justísima: «Los maes ros que tal han hecho, han des- empeñado el papel de *damas de Estropajosa*»

La moción de protesta fué aprobada por once votos de republicanos y liberales, contra ocho de sumisos á Maura. ¡Y algunos de ellos se adornan con el título de independientes!

Bravo ejemplo el de republicanos y liberales sin trampa. Conviene que se extienda por todos los municipios, y que los municipios estén constituidos por republicanos y anticlericales para ir preparando el terreno á lo otro; hacer dentro de la legalidad cuanto ella permite, y después completar la obra dentro de otra legalidad nueva, que instauraremos nosotros.

Mientras tanto, mi felicitación á los ediles anticlericales del Ayuntamiento salmantino.

¿Que los fusilen!

Esto pide un diario de Málaga contra los verdugos que tienen la contrata de una fábrica de ladrillos en Bilbao y que hacen trabajar á sus obreros desde las cuatro de la mañana hasta las diez de la noche ¡dieciocho horas!, abonándoles una retribución de 40 pesetas semanales.

Además, esos contratistas son prestamistas usurarios de sus siervos; y como éstos, por el exceso de trabajo no pueden hacer la vida independiente del hogar, se ven sometidos en todo á sus explotadores, que les sacan el jugo de mil maneras.

Y si algún individuo no paga, los propietarios obligan á otro de la familia á trabajar en la fábrica hasta extinguir la deuda de su pariente.

Si todo esto es verdad, repito la exclamación:

¡Que los fusilen!

Diálogos

La venta de indulgencias

LODUDO.—Voltaire decía que los papas vendían el perdón de los pecados.

TRAGATODO.—Eso no es posible. Hubiera sido un comercio infame.

LODUDO.—Escuche usted y verá. Juan XXII, cuya sede pontificia estaba en Avignon, hizo dar un paso enorme al materialismo estableciendo una tarifa, no sólo para las dispensas de las prácticas y prescripciones de la Iglesia, sino también para la redención de pecados y de crímenes cuya lista daría vergüenza pública. En la tarifa apostólica de los pecados que esa lista comprende, se tasan el asesinato, el robo, el parricidio, la sodomía, la bestialidad; y los hombres bastantes perversos para incurrir en esos pecados, fueron bastante idiotas para pagarlos. Después de él, Pío II, necesitando mucho dinero para sostener la guerra que hacía contra el reino de Nápoles, apeló también á la

venta de las indulgencias. El precio de cada pecado fué cuidadosamente fijado, y se prohibió, bajo pena de excomunión, á todo sacerdote que diera gratis la absolución.

TRAGATODO.—Pero eso era indigno. ¿Y los que no tenían con qué pagar?

LODUDO.—Los mandaban al infierno. Bajo el pontificado de Inocencio VIII se vendió á la luz del día el perdón de toda clase de crímenes, por enormes que fuesen, entre otros los de jóvenes que habían asesinado á su suegra en cinta, á un hombre que mató á dos de sus hijos y uno de sus criados, etc., etcétera. Este último no pagó nada más que 800 ducados. He aquí algunos precios tomados en el tratado de San Acheul.

Una persona que quiera ser relevada de cumplir un juramento, pagará al Papa en una sola vez veintinueve libras, cinco sueldos.

Con bula contra todo procedimiento y absolución de toda infamia, 131 libras, 14 sueldos, 6 dineros.

Si se ha contraído un juramento en diversos asuntos, 29 libras 5 sueldos por el primero, y 3 libras por los siguientes, mediante lo cual se estará habilitado para no cumplir ninguno de los compromisos. ¡Qué moral católica, Sr. Tragatodo!

TRAGATODO.—¡Pero eso es infame!

LODUDO.—No he concluido. Veamos algunos artículos de esa singular tarifa, según el señor de San Acheul, con el precio en *gruesas*: la gruesa valía ocho sueldos de la moneda francesa de la época.

| | Gruesas |
|--|----------|
| Absolución de un sacerdote concubinario..... | 7 |
| Id. en el mismo caso para un laico..... | 7 |
| Id. para el que conoció de un modo carnal á su propia madre, hermana ó parienta..... | 5 |
| Id. para el que deshonró una virgen..... | 6 |
| Id. para un perjurio..... | 6 |
| Id. para el que en lo criminal dió una falsa declaración.... | 6 |
| Id. para el laico que mató un abate..... | 7, 8 y 9 |
| Id. para el laico que mató un laico..... | 5 |
| Id. para un clérigo en el mismo caso..... | 7 |
| Id. para un sacerdote..... | 8 |
| Id. para el laico que mató á su padre, su madre, su hermana, su mujer, etc..... | 5 ó 7 |
| Id. si es sacerdote en entredicho..... | 7 |
| Id. para la mujer que aborta voluntariamente..... | 5 |
| Id. para riñas, incendios, homicidios, etc., etc..... | 8 |

Esa tarifa de indulgencias se ensanchó más aún bajo el pontificado de León X, que, además de los vicios de sus predecesores, tenía una pasión frenética por el lujo.

Para hacer frente á apuros financieros, el espíritu mercantil de Médicis le sugirió un procedimiento nuevo. Este fué el de subastar con sus mercaderes el producido en las indulgencias, del mismo modo que antes se subastaba el rendimiento de las aduanas y de las gabelas.

Se comerció y se vendieron concesiones que acabaron por ir á parar á ma-

nos de los banqueros. Y se vieron frailes convertidos en agentes viajeros de esa extraña mercadería, vender por todas partes bulas de absolución, negociar el perdón de los pecados en las tabernas, y hasta en tabladitos levantados en las plazas públicas.

El procedimiento de ese tráfico simoníaco servía para pagar la soldada de los aventureros que ponían á precio las ciudades y los campos, y llevan al papa de Aviñón nuevas rentas con que mantener el lujo, las cortesanas, los favoritos y los verdugos de los príncipes de la Iglesia. ¿No venden acaso en nuestra misma época los sacerdotes, mediante precio en dinero, el derecho de comer carne en cuarentena?

Entonces apareció Lutero.

Buena lección

Un periódico clerical belga, el *Pays Wallon*, injurió á un señor H. Ghysen, habitante de Marcinelle, por ser masón. El injuriado obligó, por sentencia de los tribunales, á publicar una carta en que decía:

«Me ha hecho usted el honor de participar á sus lectores, para quienes será por cierto la noticia de mucho interés, que yo era miembro de la masonería. Le agradezco á usted esa amabilidad, porque me place y tengo á orgullo formar parte de esa institución.

En ese artículo no se preocupa usted de decir á sus lectores cuál es la moral de esa institución, y á fin de reparar ese olvido y de complementar la documentación de usted, tengo el honor de exponerle á continuación los preceptos masónicos. Código de moral al cual procuro ajustar los actos de mi vida:

1.—Expone la verdad, practica la justicia, piensa con rectitud.
2.—Obra para con los hombres como quisieras que los hombres obraran para contigo.

3.—Ama á tu prójimo.
4.—No hagas el mal, haz el bien.
5.—Deja hablar á los hombres.
6.—El verdadero culto estriba en las buenas costumbres y en la práctica de las virtudes.

7.—Haz el bien por el amor del bien mismo.

8.—Ama á los buenos, compadécete de los débiles, huye de los malos, pero no odies á nadie.

9.—Habla poco con los grandes, prudentemente con tus iguales, sinceramente con tus amigos, suavemente con los pequeños, tiernamente con los pobres.

10.—No hisonjees á tu hermano, es una traición; si tu hermano te hisonjea, teme que te corrompa.

11.—Escucha siempre la voz de la conciencia; ella es tu juez.

12.—Alivia á los pobres; cada suspiro que tu dureza les arranque será una maldición que caerá sobre tu cabeza.

13.—Respeta al extranjero que viaja; ayúdalo; su persona sea para ti sagrada.

14.—Evita las riñas, precávete contra los insultos, obedece siempre á la razón.

15.—Si te ruborizas de tu situación, es orgullo; piensa que no es el lugar lo que honra ó degrada al hombre, sino el modo como lo ocupa.

16.—Lee y aprovecha; ve ó imita; reflexiona y trabaja; lo que hagas para utilidad de tus semejantes, es trabajar para ti mismo.

17.—Conformate en todas partes con todo y por todo, si el honor no sufre lesión.

18.—Regóciate en la justicia; irritate en la iniquidad; sufre sin quejarte.

19.—No juzgues ligeramente las acciones de los hombres; alaba poco y censura aún menos; piensa que, para juzgar bien á los hombres, hay que sondear los corazones y escudriñar las intenciones.

20.—Respeta á las mujeres; jamás abuses de su debilidad y muere antes de deshonrarlas.

21.—Si llegas á ser padre, alégrate, pero penéttrate de la importancia de tu misión. Sé para tu hijo un fiel protector. Haz que hasta los diez años te tema, que hasta los veinte te quiera, que hasta la muerte te respete. Hasta los diez años, sé su dueño; hasta los veinte, su padre; hasta la muerte, su amigo. Procura antes inculcarle buenos principios que buenas maneras. Que te sea deudor de una rectitud ilustrada antes que de una elegancia frívola; haz de él un hombre honrado antes que un hombre hábil.

Aceptad, señor redactor en jefe, mis saludos distinguidos.

GHYSEN H.

Hazaña de un laico

Tenía diez años la niña Teresa Pica y era alumna del colegio religioso de San José en Nápoles.

Perturbado por el dolor que le causaba la muerte de Cristo (era Viernes Santo), el sensible presbítero Nicolás Tossi la pilló por su cuenta, y...

Calcúlese lo que á la inocente le pasaría, estando entre las garras de un presbítero á la temperatura del rojo blanco. ¡Y en Viernes Santo!

Y dirán las monjas que lean esta noticia:

«Siempre da Dios pañuelo á quien no tiene narices.»

Sutilezas

Las señoras católicas de Barcelona, no teniendo en sus casas nada con que distraerse, aprovechan todas las ocasiones para lucirse en público y pasar el tiempo lo menos aburridamente posible.

Las firmitas contra las escuelas laicas son su manía y les dan bastante que hacer; pero aún les sobra tiempo para inmiscuirse en puntos de moralidad pública.

Ahora les ha dado por protestar contra el friso de un templo levantado en la plaza de Cataluña, porque en él, y fingiendo mosaico, hay unas ninfas algo ligeras de ropa.

Nunca he podido comprender por qué se escandalizan las mujeres cuando ven á otras mujeres desnudas, y menos

si éstas no son de carne y hueso y figuran en fotografías y estampas.

Será temiendo que sus maridos les sean infieles de pensamiento ó de obra. Pero contra semejante peligro hay un remedio eficaz, y es el de cautivarlos con la hermosura propia (si la tienen) y cuidar de ellos muy solícitamente en vez de hacerse las andariegas, metiéndose en lo que no les importa.

Las señoras católicas barcelonesas han llegado al colmo: no quieren ver reproducidas las gracias de sus semejantes ni en pedacitos de mosaico. Eso es virtud con cuenta-gotas. ¡Qué retrefinísimas son en puntos de moralidad! ¡Jesús!, como dirían ellas.

Bibliografía

La Casa Editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia, nos ha remitido siete obras nuevas de su acreditada «Biblioteca Popular».

Hombres y mujeres de Italia, por Juan José de Soiza Reilly.

El autor hace desfilar en este tomo á los más conspicuos artistas y literatos italianos, haciendo atinadas observaciones sobre el modo de ser de cada uno.

Después de la siega, por E. Ramírez Angel.

Este joven novelista es de los que hacen esperar que alcanzará un puesto preeminente en la literatura patria.

Pedagogía, por Adolfo Posada.
El doctor catedrático de la Universidad de Oviedo marca derroteros para que nuestra nación alcance el puesto que le corresponde en el concierto intelectual moderno.

Amor y matrimonio, por P. J. Proudhon.

Este delicado y debatido tema, lo trata el célebre reformador socialista francés desde un punto de vista original, que encanta al par que convence.

El pueblo, por Anselmo Lorenzo, con prefacio de Pedro Kropotkin.

El patriarca de las ideas libertarias en España dedica esta obra á los desheredados de la fortuna, y aun cuando sus ideas son muy atrevidas, merecerán el respeto hasta de sus mayores enemigos por la honradez y alteza de miras con que están expuestas.

Nuestro planeta, por Eliseo Recio.

Esta obra del eminente geógrafo francés, facilita en gran manera, por su sencillez y claridad, el estudio de los principales fenómenos de nuestro planeta.

¡Para música vamos!... por Rafael Mitjana.

El autor, en estos estudios sobre la música contemporánea, encamina todos sus esfuerzos á la creación de la ópera española.

Todas estas obras llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor, y se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

RESPUESTA MEREcida

Un curiana, desde el inmundo escondrijo en que se alberga, escribe unas cuantas vaciedades, criticando el acto de civismo que llevamos á cabo en el pueblo de Torrelaguna la tarde del 5 del corriente, con motivo de las elecciones de Diputados á Cortes.

Valiera más al *parroquidermo* que nos ocupa, que al poner fin á su obra informativa hubiera estampado su firma al pie del escrito, y así podríamos saber quién es el que reseña el acto que ejecutamos en la plaza pública del citado pueblo, y como consecuencia de ello, nos sería fácil ponernos frente á él para demostrarle en todos los terrenos y en todos los momentos, que los oradores que hicieron uso de la palabra la tarde citada, no solamente tienen la talla que exige nuestra ley de Reclutamiento militar, sino que además disponen de los apéndices fisiológicos que son necesarios para enseñar educación al que trata á los hombres por su longitud y volumen, en lugar de juzgarlos por sus actos y procedimientos.

Dice en su escrito, que el primero de los oradores que usó de la palabra, no gastó ni una milésima de grano de fósforo para desarrollar su discurso; haciendo la misma afirmación con respecto á los demás ilustres propagandistas que ocuparon después la tribuna, y demostraron al pueblo, con sus elocuentes palabras, aquello que es indubitante y ciertísimo, aunque intenten negarlo todos los pseudo escritores que pueblan el Universo.

Sí, incógnito gacetillero, sí; mal que le pese, aquellos oradores, al dirigirse al pueblo de Torrelaguna, le hicieron comprender que el estado de atraso y la miseria en que viven, débennlo exclusivamente al infame caciquismo que predomina en la comarca, al embrutecedor clericalismo que allí subsiste hoy, y á los curas, frailes y monjas que nada producen de provecho, y, en cambio, consumen de todo aquello más bueno que proporciona la naturaleza.

Sí, clericoero inmundo; aquellos oradores demostraron al pueblo, que la causa de su atraso intelectual, que la culpa de que aquel hermoso país no se vea hoy cruzado en todas direcciones por multitud de vías férreas, que, de existir establecidas, les proporcionarían riqueza y bienestar, es debida exclusivamente á los caciques que los dirigen y gobiernan, y principalmente á su representación en Cortes, que durante los veinticinco años que se honra vistiendo la toga del legislador, no hizo absolutamente nada para que fueran instaladas en el distrito las escuelas necesarias para lograr el crecimiento científico de sus habitantes.

Y si aquellos oradores demostraron á los sencillos habitantes de Torrelaguna que la culpa de su atraso y de su miseria se la deben exclusivamente á los que hoy les guían y gobiernan, nada debiera extrañar al incógnito *cleripopótamo* á que aludimos, que el candidato Hilario Palomero se presentara noblemente ante el pueblo soberano para pedirle el sufragio, y para darle á conocer su programa, cual lo hacen en todos los países del mundo que son cultos, ricos y florecientes, aquellos que

aspiran al alto honor de representar á un pueblo en el Parlamento.

¿Pero qué entiende ningún chupacielos de deberes políticos y sociales? Nada. Si tuviese ligera idea siquiera de los procedimientos democráticos, sabría perfectamente que el primer deber de todo hombre que aspira á representar un pueblo, consiste en dirigirse á los ciudadanos que lo habitan, para decirles la línea de conducta que seguiría en el Parlamento en el caso de que obtuviera el alto honor de representarlos.

Sabría, por tanto, que el pueblo tiene perfectísimo derecho para rasgar la túnica del legislador que, habiéndole expuesto previamente su programa, cambiara de sistema una vez que se encontrara admitido en el Palacio de las leyes.

Sabría, por último, que es un mal educado aquel que califica de «lazarillo de tñtiteros de feria», al que noblemente acude á la lucha de los comicios, y al solicitar el voto á los ciudadanos, les indica cuál es su programa y cuáles las cosas que ejecutaría en el Parlamento si llegaba á merecer la alta honra de representarlos.

¿Pero á qué seguir calificando cual se merece, al mal educado que escribió las palabras que dejamos transcritas en el párrafo anterior?

Emplazado queda por medio de las presentes líneas, para que acuda á la plaza pública á sostener en mitin de controversia, la miserable calificación que hace de nosotros llamándonos «farsantes», escudándose para pronunciar sus palabras tras el monumento que perpetúa la memoria de Jiménez de Cisneros, inquisidor general de las «Espanas», el cual, aunque ejerció la autoridad suprema de la nación; nada útil legó al pueblo que le vió nacer; pero, en cambio, las ciencias le deben el haber destruído por medio de las llamas un verdadero tesoro bibliográfico perteneciente á los moros granadinos, y la humanidad entera recordará siempre su nombre con horror, porque al robo y saqueo de Orán, ordenado por el Cardenal, hay que añadir el horrible crimen que cometió durante el tiempo de su mando, disponiendo que fueran quemadas en las plazas públicas 3.564 personas, por el sólo delito de no pensar y querer aquello mismo que pensaba y quería el sapientísimo purpurado. «Farsantes» nos llama el cucaracha que engaña á sabiendas al pobre pueblo; haciéndole creer que Dios creó el mundo en seis días; que durante el primero de ellos «creó el cielo, la tierra y enseguida la luz»; que el segundo día «creó el firmamento, al cual llamó cielo», sin acordarse que el día primero había creado ya el llamado *eden celestial*; que el día cuarto «creó el sol, la luna y las estrellas», sin tener en cuenta que el día primero de su *trabajo*, había creado la luz que nos alumbra, cuyos radiantes fulgores proceden, como todos saben, del astro-rey, y de los demás soles que giran en la inmensidad del espacio.

«Farsantes» nos llama, el que educa al inocente pueblo haciéndole creer, que Dios envió un diluvio universal, comunicando la noticia previamente al simpático juerguista Noé, para que éste construyera un arca donde había de encerrar un par de animales de cada especie, sin tener en cuenta, que las leyes físico-químicas y las biológicas, se oponen abiertamente á tal absurdo.

«Farsantes» nos llama el señor *parrocetáceo* que educa á los inocentes, diciéndoles que Josué detuvo el sol en su carrera con la punta de su espada, sin tener presente que la ciencia astronómica tiene demostrado de manera indubitante que el astro-rey permanece poco menos que en quietud perpetua, siendo en cambio nuestro globo terrestre el que gira alrededor de aquel centro luminoso, que con el calor y la luz que nos proporciona, da vida á los animales y á las plantas.

«Farsantes» nos llama el anónimo *clerinecio* á que aludimos, y que no titubea en decir que, de la visita que hicieron los propagandistas republicanos á la torre del pueblo, desde cuyo sitio estuvieron hablando con los presos, se deduce dijeron á estos desgraciados (cuatro de ellos detenidos por asesinato ¡horror! y uno por robo ¡terror!), datos que demuestran elocuentemente la educación y buena enseñanza que proporciona á los vecinos de esa comarca el indigno caciquismo que los domina, que el día que ellos gobernarán, los propagandistas, no los reclusos, dejarían de existir las cárceles, y podrían por tanto robar y asesinar impunemente...

¡Miserables! «Piensa el ladrón que todos son de su condición...» y como ellos mataron al Pellejero y al molinero de Bustarviejo de manera ignominiosa, creen que los demás ampararíamos cuantos crímenes se cometieran, porque nuestro programa político así lo ordena y dispone.

No, miserable detractor; no, cucaracha inmundo; los republicanos no amparamos, ni amparamos nunca al ladrón, ni al asesino, cual lo hizo siempre la gente reaccionaria; los republicanos educaremos al pueblo, abriendo diez escuelas públicas, por cada cura y monja que suprimamos; los republicanos practicaremos y defenderemos siempre la libertad, la igualdad y la fraternidad de los pueblos, sin que nos produzcan miedo las brabuconerías de los asesinos que gozan de impunidad, ni los insultos y soeces calificativos que puedan dedicarnos los que tiran la piedra y esconden la mano.

¡Fuera el antifaz con que os cubrís el rostro, indigno libelista! Muestre la cara, cual lo hacemos siempre los hombres libres, y así sabremos quien es el miserable que califica á su antojo, á quien sacrificó siempre su vida por el bienestar del pueblo, honrado y trabajador—única clase que consideramos principal en un pueblo, y no los zánganos que viven y medran á costa del trabajo del desgraciado obrero, sin cuidarse de la misera situación que estos sufren—y sabrá morir en su defensa en cualquier momento que sea necesario.

HILARIO PALOMERO

Madrid 22 Mayo 1910.

Cuentan que un confesor impuso de penitencia á un cabrero ayunar á pan y agua; el penitente la aceptó; más meditando mejor, se acercó á la sacristía en el momento en que el señor cura se estaba revistiendo para rezar la misa, y le dijo:

—Mira, tú, el de la *camiseta*; si quieres á pan y leche, ayuno; y si no, no hay nada del trato.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

bía de herir la fibra de mi honradez acrisolada.

Juzgando sin duda mis sentimientos por los suyos, me ha creído capaz de vender mi honra; pero sepa usted que la aprecio en lo que vale y la guardo para mi sudario. Me ha creído usted de la madera que se fabrican los traidores, y ¡vive Dios! que este es el insulto más sangriento entre los muchos que desde mi niñez debo al odiado bando absolutista.

Viejo soy, pero á poco que viva he de probar, y no con palabras, que mi temple es de acero, y que rejuvenezco al chocar con mis eternos enemigos, con los que combatí durante la guerra de los siete años.

Omita usted, por lo tanto, nuevas insinuaciones, pues en mi acendrado liberalismo, si por un milagro del cielo recobrara su luz el apagado astro de la tiranía, no quisiera el calor de sus rayos sino para que me calcinase.

Las apreciaciones que hace usted respecto al estado del valiente ejército de la República, no pueden ser más gratuitas é injuriosas; su disciplina es la de siempre, su entusiasmo centuplicado; de su valor puede usted preguntar á las bandas que acaudilla y que huyen des-pavoridas al lejano reflejo de las bayonetas de los soldados.

En conclusión: seré lo que siempre he sido; no mancharé mis canas ni de pensamiento con negra traición; y si de ella fuera capaz, no la cometería ciertamente en pro de un partido que está desgarrando las entrañas de la patria; en pro de un partido que con mentido manto religioso, y sobre montones de cadáveres, quiere levantar un trono para que desde él ahogue en sangre todo suspiro de libertad el más imbécil y odiado de los Borbones.

Así piensan, así escriben, y pronto veremos que así obran los verdaderos liberales como Sanz.

PRIMER SITIO DE ESTELLA

Desbordadas y teñidas sus canas con la sangre de los voluntarios de Cirauqui, el 13 de Julio salió Esté á recibir á don Carlos, que se decidía á entrar en España després de la vergonzosa fuga de Oroquieta, y sus bandos de facinerosos, sedientos aún de sangre liberal, marcharon sobre Estella mandados por Dorregaray, el miserable que ofreció la libertad á los cirauquenses y consistió, si es que no lo ordenó, que los asesinasen después.

La guarnición de Estella se componía de 80 soldados del regimiento de Te-

tuán, 160 convalecientes y 60 voluntarios de la República, quienes se aprestaron á la defensa en el convento de San Francisco en cuanto vieron que á la una de la madrugada del día 14 algunos carlistas atravesaban á la carrera la calle del Pilar.

Omito los detalles de la heroica defensa, porque no caben en el plan que me he trazado; únicamente diré que los carlistas apelaron á medios reprobados hasta en la guerra para conseguir la rendición; que el vecindario en pleno, exceptuando las contadas familias liberales, se lanzó frenético á la calle; que se improvisaron bailes y comilonas en honor de los carlistas; que las mujeres les compelián, ya con energía, ya con ternura, ora con obsequios, ora con desdenes, á repetir en Estella la matanza del día anterior en Cirauqui; que causaron una porción de destrozos, cubriendo en un instante de escombros la población, invadida por espantoso desorden y atornada por infernal ruido y gritos de muerte contra los liberales.

DETALLE HORRIBLE

Un grupo de paisanos carlistas adquirió la blusa de D. Benito Vera, alcalde de Estella y teniente de voluntarios asesinado con los de Cirauqui; llegaron á la casa de la viuda, que aún ignoraba su desgracia, y mostrándole los sangrientos jirones, gritó uno de aquellos bandidos: «Mira, Petra; esto es lo que queda de tu marido.»

Y celebraron todos con bárbaras carcajadas la congoja de que fué presa la infeliz al recibir tan terriole golpe!

RECURSOS DE BANDIDOS

A las ocho de la mañana llegó Dorregaray, aumentándose con esto el tumulto y los gritos de muerte del feroz populacho. A las ocho y media intimó el cabecilla la rendición en el preciso término de una hora, amenazando con repetir lo de Cirauqui en caso contrario. A los cinco minutos había recibido ya la contestación, reducida, en resumen, á esto:

«Los defensores del Fuerte están dispuestos á pegar fuego á las 200 arrobas de pólvora en grano que tienen consigo.»

Durante este pequeño armisticio supo la guarnición de Estella el espantoso desenlace del drama de Cirauqui. Un estremecimiento de horror corrió por el Fuerte, y relámpagos de ira y de venganza rasgaron aquella atmósfera preñada hasta en onces de peligros al par que de nobleza y valor.

En el cuartel había ocho prisioneros carlistas, y hubo quien acarició la idea

de represalias, manos crispadas que empuñaron el fusil y bocas que pidieron venganza para aquellos mártires; pero todo fué instantáneo: en los corazones nobles la ira es pasajera. Lo único verdadero, salvo el dolor que produjo en los defensores de Estella la pérdida de tantos y bravos amigos, fué el de aumentar, en lo poco que era ya posible, su valor y su decisión á morir matando antes que caer vivos en las manos de aquellos criminales. Tomaron medidas para hacer la defensa más larga, enardecieron su entusiasmo cantando himnos liberales y lanzando enérgicos apóstrofes á los carlistas por su perfidia y ferocidad. Estos, en tanto, recogían todo el petróleo que había en la ciudad, imponiendo al vecindario 12,000 duros de contribución.

Pasada con creces la hora concedida para capitular, á eso de las once de la mañana aparecieron en las casas más próximas al Fuerte las familias de los voluntarios y muchas de los militares de la guarnición, llevadas villanamente por los carlistas después de aterrorizarlas exagerando los medios de destrucción de que disponían.

La escena que siguió fué desgarradora. Las madres, las esposas llamaban á sus esposos y á sus hijos con los acentos vibrantes de los dolores supremos; ora rogaban de rodillas, ora con voces empapadas en lágrimas; ya exigían frenéticas, amenazadoras, que se rindiesen...

Era irresistible la atracción de aquellos pálidos y desencajados semblantes envueltos en destrenzadas cabelleras, húmedas por el llanto; de aquellos crispados brazos exendidos hacia el convento en ademán de estrechar prendas adoradas...

Pero nada hizo mella en aquellos valientes. Los voluntarios y soldados que aparecieron en las ventanas respondieron con enérgicos signos negativos, ya que la emoción les embargaba la voz; sus ojos relámpagueaban de ira y de entusiasmo, hasta que rebeldes lágrimas se los empañaban al distinguir la rubia cabecita del hijo o los blancos cabellos de la anciana madre; y queriendo ocultar su enternecimiento se despedían agitando los kepís y trazando con ellos el último signo de su resuelta negativa.

Ellas, tenaces, creyeron que acercándose, podrían vencer tanta entereza; llegaron á las minas arpilleras, hicieron terribles descripciones de las bombas de petróleo, de los cañones, de las monstruosas máquinas de que les habían dicho que disponían. Todo inútil. «Más quiero que seas la viuda de un valiente,

(Continuará.)

(FOLLETÓN 54.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

Vino á hablarse del gran novelista francés, porque uno de aquellos señores preguntó á otro por un amigo de ambos, y el otro le dijo que éste se había casado en la primavera. El integro, en cuanto oyó esto, imitando el estilo y aun reproduciendo exactamente párrafos de aquel autor, exclamó:

—¿En la primavera? Pues entonces el sol fecundante de Abril se elevaría en un cielo inmenso de una pureza sin mancha, y la Tierra, estremecida por el hervor de los gérmenes, cantaría alegremente el epitalamio de las bodas!

Y como en aquellos momentos iba á servirse una perdiz escabechada, apresándola con el tenedor y mostrándola á los comensales añadió, evocando otro pasaje de Zola:

—¡Señores! desnudas las patas, desnudo el pescuezo, desnuda la pechuga, esta perdiz va á hacerme el regalo de su cuerpo.

No tardaron, sin embargo, en estar todos conformes en la gran significación de aquel autor y respeto que intelectualmente le es debido, y las críticas, las censuras y las burlas comenzaron á ir exclusivamente contra sus discípulos cuando Nogal dijo:

—Yo perdonaría mucho á Zola en atención al mérito de la novedad y á la fuerza del talento; pero á sus discípulos los empalaba.

—¡Los discípulos!—nos atrevimos nosotros á decir para poner paz.—¡Si ya se sabe que en lo que no es matemático y científico los discípulos concluyen por ser el descrédito ó el castigo del maestro!

En estas y otras cosas llegamos al fin de la cena, y á este mismo tiempo llegó también el tocador de guitarra, Rafael, con la pareja, otra bailadora, que llevaba para Soledad. Así fué que á poco, puestas las dos mujeres al avío, se adelantaron, plantáronse frente á frente, y rompieron á bailar.

Esbelta, bien parecida y muy agraciada, Magdalena, la pareja de Soledad, con su pálida y morena tez, y pelo y ojos negros como el azabache, formaba con ella un contraste hermoso, y era en lo físico un tipo

español de lo más puro. Los bailes andaluces, cada uno por su estilo, los bailaban las dos con gran donaire, notándose en la manera de Magdalena los toques, las lecciones del maestro, perfiles, un tanto convencionales, de teatro, mientras que en la de Soledad había más naturalidad y desenvoltura; pero ambas bailaban el legítimo baile de la tierra, ese baile originalísimo que no se parece á ningún otro, que no se sabe de dónde viene, que, como decía Zaratrústa, cualquiera creería salido de entre los muros de la Alhambra y el Alcázar, pues, á modo de la labor de estos palacios, es una filigrana de luz, color, pasión, gusto y sentimiento.

—Cuán lejos—decía nuestro sabio amigo—estén el baile gitano y el andaluz de asemejarse, se ve en que tanto cuanto éste tiene de artístico y airoso, lo tiene de grosero é indecoroso el otro. Los pasos, movimientos y posturas del baile propiamente español siempre parecen nuevos y llenos de atractivos, mientras que las figuras, estremecimientos y contorsiones del flamenco son de lo más repugnante y vulgar que puede haber. Donde la andaluza se mueve, la gitana se menea; donde aquélla se cimbreaba, ésta se retuerce; donde la una brinca como un pájaro, la otra, como un reptil, se arrastra. Con ojos, brazos, pies y cabeza la primera canta una canción, cuenta una historia de amor; mientras que todo lo que con el vientre, el estómago y las nalgas sabe hacer la segunda es poner de relieve un sensualismo exclusivamente carnal, sin el más tenue aliento de simpática ternura ni aun de juvenil alegría, porque su mirada es más bien seria y bestial, y sin ninguna elegancia, delicadeza ni arte en sus desvergonzadísimos, brutalmente livianos, movimientos.

Entre los bailes españoles, hacía después observar el sabio Zaratrústa, los hay sinuosos y lánguidos, así como otros son impetuosos; y las sevillanas, por ejemplo, que son de los que se dan en pequeñas dosis, como un licor delicioso hecho de plantas aromáticas (y al decir esto levantaba la diminuta copa de Chartreuse que tenía en la mano), pican y encandilan sin malicia á modo de ese vino (y apuntaba hacia una botella de Champagne), y son como él, chispeantes, ligeros y espumosos.

Y lo de espumosos lo decía á punto en que, con el impulso y rápido movimiento de una vuelta, las dos mujeres alzaban y como en un relámpago dejaban ver, con parte de la

pierna hasta donde lo más grueso de la pantorrilla comenzaba, un copo de rizadas y blanquísimas enaguas que en el vaivén abanicaban á los circunstantes y les transmitían el suave olor de los claveles y jazmines que las bailadoras llevaban en el pelo.

La singularísima impresión, decía luego, la especie de gratísimo aturdimiento que con su viveza, estrépito y donosura producen estos bailes, jamás llega á bastarsearse ni á cansar, porque antes de que el encanto se deshaga, el baile cesa.

Y efectivamente en aquel mismo momento Magdalena y Soledad, al brusco golpe final de la guitarra, formaban, uniéndose de pronto, un bonito grupo, un cuadro vivo, en cuya actitud se mantenían unos instantes.

Hasta entonces, y por lo mismo que las dos bailaban con tanta propiedad como decoro los bailes andaluces, no era de creer que habían de sobresalir en lo flamenco. Así lo decía Zaratrústa. Pero tal vez por haber oído sus discursos y querer que resaltasen bien las diferencias de que hablara, al bailar el tango (flamenco) se esmeraron, había que pensar que se excedieron, y aquellas dos mujeres materialmente parecían dos demonios. Dos demonios de lascivia oriental, de la que en su mejor estilo gráfico-simbólico llamaba el periodista español «gelatinosa».

Positivamente á esos palmitamientos, sacudidas y temblequeos de las carnes es preferible el peor cancan, aunque sólo sea por lo que de ágil y vigoroso pueda tener en lo acrobático. Por eso aquel areópago acabó por acordar que en el baile levantar demasiado los pies es indecente, pero arrastrarlos es más indecente todavía.

Después del tango se charló un rato; y cuando nos dimos cuenta de que había desaparecido calladamente Bona con Soledad, y se despidió Nogal con Magdalena, retirámonos los demás por nuestro lado á nuestras casas.

CAPÍTULO XXXI

DE LO QUE ESTÁ HACIENDO ACTUALMENTE
Á LA MONARQUÍA ESPAÑOLA MÁS FAMOSA
QUE SIGLOS ATRÁS LA HICIERA EL
DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

Naturalmente inclinados, como son aquellos naturales, á «echar tierra» á todo, nada más natural también que la industria más generalizada y productiva en la monarquía española sea